

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**PADRE DOLINDO RUOTOLO
UN SANTO DE NUESTROS DÍAS**

S. MILLÁN – 2019

PADRE DOLINDO RUOTOLO, UN SANTO DE NUESTROS DÍAS

Imprimatur
Monseñor José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

S. MILLÁN – 2019

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: HASTA EL SACERDOCIO

Su familia.

Con hambre y sin estudios.

La primera comunión.

El voto heroico.

Mal estudiante.

Ingreso en el Instituto.

Gracia divina.

Penitencias.

Le creen hipócrita.

Noviciado.

En el estudiantado.

Ordenación sacerdotal.

El dolor purificador.

SEGUNDA PARTE: EXPULSADO, CONDENADO Y REHABILITADO

En Taranto.

El padre Volpe.

Experiencias sobrenaturales.

Expulsados.

En el Seminario de Molfetta.

Acusado.

Suspensión.

Exorcismo.

Espiritismo.

Rehabilitado.

TERCERA PARTE: APOSTOLADO Y CARISMAS

a) Carismas.

b) Conocimiento sobrenatural.

c) milagros. d) Bilocación.

e) Resplandor sobrenatural.

f) Perfume sobrenatural.

g) Locuciones interiores.

h) Poder contra el demonio.

El ángel custodio.

Conversiones.

La Obra de Dios.

Predicador.

Vida austera.

La guerra.

Nápoles se rebela.

El padre Pío.

El sacerdote.

CUARTA PARTE: NUEVOS PROBLEMAS

Acusado de nuevo.

Siguen los problemas.

Condenado.

Rehabilitado.

Comentarios a la Sagrada Escritura.

Críticas a la Obra de la Escritura.

Su última enfermedad.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida del padre Dolindo Ruotolo es una vida extraordinaria. Tuvo mucho que sufrir de parte de algunos eclesiásticos que lo condenaron a no poder confesar ni predicar ni celebrar misa durante algunos años. Lo consideraron un loco, un endemoniado, un visionario y hasta dijeron falsamente que quería instaurar en la Iglesia el sacerdocio femenino. Tampoco aceptaron sus 33 volúmenes escritos sobre los libros de la Biblia, porque consideraban que tenía un método de interpretación pastoral, no adecuado.

De todas maneras, Dios lo llenó de algunos carismas y a veces se le aparecía la Virgen o Jesús y le hacían pasar momentos de cielo.

Llevó una vida muy activa, cuando pudo dedicarse plenamente al apostolado. No media las fuerzas y trabajaba como cuatro, predicando, confesando o visitando enfermos. Nunca decía a nadie que no. A todos trataba de ayudar. Era verdaderamente un hombre de Dios y a la vez dedicado al bien de los demás.

También tuvo muchas enfermedades, que lo hacían parecerse mucho a Jesús crucificado. Él mismo se había entregado a Jesús como víctima por la salvación de los demás. Fundó con algunos jóvenes una Escuela de religión y llevaba a todos a un amor más intenso y fervoroso a Jesús Eucaristía y a María nuestra Madre.

Nota.- A se refiere a su *Autobiografía primer volumen*; y A2 a su *Autobiografía volumen segundo*.

PRIMERA PARTE HASTA EL SACERDOCIO

SU FAMILIA

Dolindo nació en Nápoles el 6 de octubre de 1882. Sus padres fueron Rafael Ruotolo y Silvia Valle. Era el quinto de once hijos. Recibió el bautismo el 11 de octubre de ese año 1882 y le pusieron los nombres de Dolindo Francisco José.

Nos dice: Mi padre era muy bueno y honrado, y mi mamá se casó con él precisamente por eso. Pero tenían diferente educación y diferente carácter, y muy pronto su unión llegó a ser causa mutua de dolores y de amarguras.

Mi padre era irritable. Siendo el único en su casa que se había elevado a una condición más civilizada, él era considerado como amo, y eso contribuía a exasperar su carácter. Y como estaba acostumbrado a la vida en una familia donde se vivía del trabajo, era muy ahorrador, y casi avaro. Entre los parientes se recuerda que él, con las pocas monedas que el abuelo daba a sus hijos todas las semanas, había tenido la constancia de acumular veinticinco piezas de plata. Mi papá, por tanto, tenía en su carácter un apego a la penuria, que contrastaba con el carácter y la educación de mi madre.

Mi madre era noble, acostumbrada a vivir en un ambiente señorial, servida por criados de librea. Sus tíos y tías estaban en la corte del Rey de Nápoles. Un tío de ella, sacerdote, Francisco Valle, era capellán del Rey Fernando de Borbón.

Además, tenía una ingenuidad infanta, una delicada pureza. Su padre, que también era muy religioso y piadoso, la había educado dentro de un gran recato. Mis padres se casaron el 23 de septiembre de 1873.

Mi nombre, Dolindo, significa Dolor; lo invento mi padre, y me contó cuando yo tenía catorce años, que me lo había puesto por una curiosa previsión suya. Él me decía: “Yo siento que tú debes ser, no un sacerdote común, sino un apóstol”.

Me decía mi madre que en los primeros meses de mi vida yo era tan bello y pacífico, que iban a verme como a una maravilla. Tenía el pelo dorado y rizado, la cara gordita, blanca y rosada, la mirada dulce. Ella me quería mucho, y yo estaba muy apegado a ella. Recuerdo bien que siempre estaba cerca suyo,

especialmente cuando oraba. Yo no sabía aún orar, pero era feliz cuando en aquellas ocasiones estaba cerca de ella.

Dice mi mamá que cuando ella iba a la iglesia a comulgar, yo iba a esperarla cerca de la casa y la besaba; ella soplaba en mi boca, para comunicarme el aliento de Jesús sacramentado que hacía poco había recibido en su corazón, y yo creo que ésta era la razón por la cual iba a su encuentro con tanto apremio. Entre tanto, empezaron muy pronto mis primeras pruebas y los primeros dolores.

Tenía once meses —así me lo contó mi mamá— cuando asomaron en mis dos manos dos manchas rojas, en la parte central de arriba. Al comienzo se pensó que no era nada importante; luego, llamaron al cirujano, el doctor Fabiani, quien tuvo que someterme a una operación dolorosa: me perforó completamente la mano derecha, y de ahí sacó un hueso cariado, y cortó mi mano izquierda en tres puntos.

Tenía once meses y recuerdo vagamente esta operación que sufrí. Recuerdo que una persona me tenía amarrado cerca de una ventana; esta persona era la abuela materna, que murió de cólera en 1884. Recuerdo que lloraba y que mi hermano Elio espiaba desde un cuarto cercano, adolorido, mejor dicho, furioso contra el médico que me hería así.

Después de esta operación, sufrí otra en la mejilla derecha. Me salió un tumor debajo de la mejilla, y como estaban comprometidas las glándulas, tuve que sufrir una operación aún más dolorosa. Caí en una gran postración de fuerzas; estaba tranquilo, no lloraba, pero estaba de la noche a la mañana, en una silla de niños, con mi cabeza reclinada sobre el brazo izquierdo, porque no podía sostenerla.

Cuando mamá se levantaba por la mañana a eso de las cuatro, yo me levantaba con ella y estaba cerca de ella, mientras oraba preparando el café.

Era tan pequeño, que mi cabeza no llegaba a rebasar el alto de la mesa. Recuerdo que, teniendo cuando más unos tres o cuatro años, estando de pie y arrimado en las rodillas de mi mamá, le decía: “Yo seré sacerdote”. Recuerdo que amaba la soledad a pesar de ser hiperactivo. Me atraían mucho los espectáculos naturales y, sobre todo, del sol. Cuando entraba el sol al cuarto, yo me sentía lleno de felicidad, me sentaba en el suelo y sentía que mi alma era atraída hacia Dios. Aún no sabía rezar y recuerdo que sentía una tranquilidad interior y una paz que me hacía estar inmóvil y pensaba en Dios ¹.

¹ A pp. 28-32.

CON HAMBRE Y SIN ESTUDIOS

En casa había pobreza, en el más profundo sentido de la palabra. La comida era tan medida que nosotros moríamos de hambre. Cuando venía el panadero para traer la escasísima dosis de pan, los pequeños lo asaltábamos para devorar la yapa del pan. No teníamos ni idea de cómo serían los vestidos de invierno, y papa en esto era tan severo, que a menudo tenía desavenencias con mamá.

Recuerdo que para quitarme el hambre de cualquier manera, iba recogiendo los restos de las yerbas de la basura: troncos de hinojos, hojas de rábanos y cosas por el estilo, y con eso hacía una ensalada. Tenía un poco de aceite y vinagre, mezclados, que conservaba en un mango vacío de una olla de Marsella; con eso condimentaba la ensalada y luego sacudía las hojas y los troncos recién untados, para conservarlo de nuevo para la próxima vez.

Siempre caminábamos medio descalzos por falta de zapatos, o teníamos que aceptar las botas viejas de papá. Era un problema arrastrarlas cerca, y no defendían del frío.

Papá era extremadamente irritable y nos pegaba por cualquier tontería. Daba los golpes con un bastoncito en nuestras carnes pálidas y flacas por las privaciones. Era tan grande el terror que le teníamos, que cuando oíamos el timbre de la puerta, Elio y yo corríamos a escondernos. Yo incluso me escondía en uno de los cajones laterales de un escritorio, y allí lograba entrar acurrucándome: así era yo de pequeño.

Mi pobre padre actuaba de buena fe; creía que actuaba bien y que así educaba a sus hijos. Él no quiso mandarme a la escuela primaria, y por eso muchas veces peleaba con mamá, que hubiera querido mandarme para que no creciera como un burro; pero él tampoco me enseñaba nada.

Aquí recuerdo como aprendí a leer y a escribir. Un día papá me llama, estando él aún acostado; pone en mis manos un silabario, me explica las letras del alfabeto y me deja a mí la tarea de ejercitarme en eso. Yo aprendí a leer y a escribir solito; papá me hacía dibujar tan solo los palitos, haciéndome controlar por una de mis hermanas.

El régimen familiar era sumamente severo. Teníamos el horario escrito, como en los internados. Yo estaba en manos de mi hermana Cristina, y Elio, de mi hermana María. Ellas nos controlaban y nos hacían hacer, sin método ni

capacidad, esos trabajos odiosos que pudiéramos llamar..., deberes escolares; pero no íbamos a la escuela. Luego, papá veía estas tareas; y cuando las veía, siempre nos pegaba hasta decir basta.

Él quería que lo estudiáramos todo, aprendiendo de memoria; luego teníamos que pronunciarlo a una de nuestras hermanas, y antes de hacerlo no podíamos comer. Mis hermanas eran extrañamente inflexibles, porque temían ser las primeras en recibir los golpes de papá ².

Un castigo fue cuando papá me separó de Elio y durante cierto tiempo me desterró, mandándome a dormir en un cuartucho donde había un baño de piedra y donde se conservaba el carbón.

Por la noche, encerrado allí adentro, para mí era el terror. Encima de un camastro arrimado al baño, yo, solo, temblaba de miedo. Y para colmo, algunas veces, el gato iba a comerse los ratones que cazaba precisamente de mi camita, y no soy capaz de contarles el terror que sentía por eso.

Confieso que esta extrema severidad y esos dolores continuos, desproporcionados para mi edad, que era por tanto privada de cualquier sonrisa, hicieron de mí un ser completamente tímido.

Yo ya no entendía nada, y fue una gran misericordia de Dios, porque cometí muchos pecados, sin entender su malicia y, por tanto, según creo, sin ofender gravemente al Señor.

Este período de mi vida fue absolutamente vacío de espíritu. Yo era un completo tonto; se burlaban de mí y me llamaban “Salvador el tonto”, con un poquito más de cortesía, “la luna fuera del balcón”.

Las culpas que recuerdo con más dolor, y de las cuales me confieso siempre aún hoy, son los robos, las peleas entre hermanos y hermanas, los pecados contra el pudor.

Hubo robos. Éramos unos muertos de hambre, y jugábamos al ladrón con mi hermano. No sé quién introdujo este triste juego: vestidos con ropas viejas de papá, que se arrastraban por el suelo, con algún viejo sombrero de copa en la cabeza..., íbamos robando.

Así desaparecieron muchos huevos en una fiesta de Pascuas. Papá no sabía explicarse por qué faltaban. Cuando descubrió el juego, todo se concluyó

² A pp. 36-37.

con una buena descarga de santos golpes. Nunca esos golpes fueron tan santos como en este caso.

Entonces, sin duda, yo no entendía la malicia de ese juego, que debía haberme sido estúpidamente enseñado. Pero recuerdo con gran dolor que, en Secondigliano, en el almacén de una mercera, tomé una ruedita de madera de las que se ponen bajo esos carritos que usan los niños; y la llevé a la casa.

Entendí que estaba haciendo algo malo, y ahora que escribo sobre esto lloro por la pena, pensando en el dolor que le di a Jesús; fue mi verdadero pecado. Cuando llegué a la casa, intenté jugar con esa ruedita, pero era tan grande el remordimiento que sentía, que no logré jugar y la tiré³.

LA PRIMERA COMUNIÓN

Yo hice muy tarde la primera comunión: a los once años. No tuve otra preparación fuera del catecismo, que yo mismo había aprendido de memoria; ninguna preparación de fiesta, ninguna comprensión siquiera de que recibía a Jesús. Recuerdo, por eso, con gran pena mi primera comunión y mi confirmación.

Lo que debería ser un recuerdo feliz, es para mí un recuerdo de pena, y mi gran dolor es el hecho de que no conocía a Jesús. Comulgué por primera vez en 1893, en la iglesia de San Pablo el Mayor, llamada comúnmente “San Cayetano”.

Comulgue sin entender nada, pero Jesús sacramentado no llegó en vano a mi corazón, y enseguida sentí los efectos beneficiosos en una vida interior que no podía venirme sino de Él, ya que por desgracia, nadie en la casa me guiaba por los caminos de Dios.

Sentí en mi corazón renacer los santos recatos de la infancia, sentí un gran amor por la penitencia, y empecé a concentrarme en Dios.

Nadie se dio cuenta jamás de las penitencias que hacía. A veces, a escondidas, iba a coger, de un frasquito, la quinina en polvo y la comía para tener la boca amarga.

Me gustaba muchísimo el recogimiento. A veces, en el mes de mayo, cogía las rosas marchitas que estaban ante la Virgen, las deshojaba y las esparcía en

³ A pp. 38-39.

el suelo, hacía como una especie de lugar cerrado, y, de esa forma, me parecía estar como en un desierto.

Leí en un viejo libro que estaba en mi casa, titulado “Flos Sanctorum”, algunas vidas de mártires, y deseé ardientemente llegar a ser un mártir. Imaginaba mi destino siendo cortado a pedazos, por amor a Dios...

Controlé mis defectos con más cuidado. Tenía todavía el castigo en el cuartito del carbón, pero empecé a encontrar la fuerza para arrodillarme y ofrecerle a Dios esa gran pena.

Por la mañana salía muy temprano, a eso de las cuatro o las cinco, e iba a la iglesia del Purgatorio, en Arco, donde hacía de monaguillo en varias misas y comulgaba. Parece que comulgaba con mucha devoción, porque recuerdo que una mujer del pueblo me abrazó y me besó diciendo que tenía la cara de San Luis. Sin embargo, esta vida espiritual no era cultivada por nadie; eran destellos y, como lo entiendo ahora, flores espontáneas que germinaban, porque Jesús, Sol eterno, me poseía todos los días ⁴.

EL VOTO HEROICO

Fue en esa época, y creo precisamente en el año 1893, que me sucedió lo siguiente: había oído hablar del “Voto heroico por las almas del purgatorio” y deseaba saber de qué se trataba, para hacerlo yo y hacerlo hacer a mi hermano. Era invierno, y una mañana salí de la casa, mientras llovía a cantaros.

Iba a la iglesia del Purgatorio y me acordé del Voto heroico. Entonces oré con mucha fe y dije: “Señor, si te gusta este Voto, haz que yo sepa en qué consiste”.

Entonces vi en un riachuelo, algo blanco arrastrado por la corriente. Lo tomé y, con sorpresa, vi que eran dos libritos impresos, con este título: “Explicación del Voto heroico en favor de las almas del purgatorio”.

Este hecho me impresionó mucho e hice este Voto, pero no se lo dije a nadie ⁵.

⁴ A pp. 42-43.

⁵ A pp. 43-44.

MAL ESTUDIANTE

Sobre su instrucción escolar primaria, dice que, sin jamás haber podido frecuentar la escuela, estaba obligado a estudiar en el suelo, arrimado a una grada de mármol, copiando las lecciones y aprendiéndolas de memoria, sin entender nada.

¡Con esta preparación fue obligado a dar los exámenes para ser admitido en la escuela superior! Después de dos intentos, por fin fue aceptado en el colegio “Genovesi”. Obviamente, con resultados desastrosos y humillantes.

Era imposible tener amistades en la escuela; papá lo prohibía. Para impedirlo, él nos hacía salir de la casa pocos minutos antes de que empezaran las clases, de manera que debíamos ir corriendo para llegar a tiempo.

Terminada la escuela, debíamos volver corriendo a la casa. Por tanto, jamás tuve amistades con nadie; ni siquiera podía intercambiar palabras con el compañero, sentado en mi misma banca.

Mi ropa era original: un atuendo lleno de manchas de aceite y descosido, una gorra llena de grasa con visera, los zapatos rotos... En ciertos días determinados de la semana, después del estudio en el aula, había en el gimnasio de la escuela, la clase de educación física. Era entonces cuando yo... lucía mis harapos.

Una vez, no teniendo nada con qué vestirme, fui obligado ponerme un viejo pantalón de papá, al cual le corté yo mismo, simplemente, con un tijerazo, las piernas. Luego, me lo ceñí en la cintura con una soga. Como era lógico, se burlaron los compañeros; pero el colmo sucedió cuando fui llamado para el salto en la ballesta.

— *¡Listos? ¡Fuera!*

Y corrí para saltar. Se partió la soga que sostenía el pantalón y mejor no hablemos de lo que sucedió. Me alejé lleno de vergüenza.

Al terminar el año, di los exámenes; fui reprobado, y tuve que repetir el curso una vez más. En todo caso, en la escuela no aprendí nada: ni bueno ni malo ⁶.

⁶ A pp. 42-45.

INGRESO EN EL INSTITUTO

Mamá pidió consejo a su confesor que le sugirió que nos internáramos en la Escuela apostólica de los sacerdotes de la Misión. Él dijo que entraríamos allí como a cualquier colegio para luego salir como sacerdotes seculares. Eso no era cierto.

Aquel Instituto estaba hecho a propósito para acoger y preparar tan solo al que tenía la vocación de sacerdote de la Misión; nosotros no teníamos esta vocación específica.

Mi hermano Elio entró a ese colegio muy de mala gana, pero no tuvo el valor de decirlo. Yo entré, pero no entendía nada. Estábamos a finales de mayo cuando por primera vez entramos a aquella gran casa para visitarla. El corredor del primer piso tenía las hojas de las ventanas entrecerradas. Al fondo del corredor había una gran estatua de san José. Sentí en el alma una dicha, una paz que nunca había sentido.

Fuimos acogidos bien. Se nos dio el programa y mamá empezó a preparar la ropa que se nos pedía en el Reglamento.

El 8 de junio de 1896, fue el día de nuestro ingreso. A mí me parecía estar soñando cuando me dejaron solo entre tantos compañeros: eran más de treinta y todos más grandes que yo. Lloré, me sentía perdido e intentaba siempre ponerme cerca de Elio para darme valor.

Nos fueron asignados los lugares para estudiar y para dormir, y bajamos por primera vez al comedor. Era un salón muy grande, con cupo para más de cien personas cómodamente sentadas a la mesa.

En realidad, en aquella casa, había mucho orden y mucha limpieza. Ese silencio, ese orden y esa paz me gustaban mucho⁷.

⁷ A pp. 47-49.

GRACIA DIVINA

Yo frecuentaba el primer curso. Como de costumbre, aprendía las lecciones de memoria; pero donde se pedía la inteligencia y la reflexión, yo no lograba nada.

Entonces fue cuando me encomendé a Jesús y a la Virgen para que me ayudaran. Y sucedió un hecho curioso. Era el 15 de junio 1896.

Rezaba con los condiscípulos el Rosario y tenía frente a mí una imagen de la Virgen (que la conservo). Le dije a la Virgen: “’Oh, dulce Madre mía, si quieres que yo sea sacerdote, dame la inteligencia, porque sabes bien que soy corto de inteligencia”⁸.

Y de pronto, así como estaba, arrodillado, empecé a dormitar: la imagen se movió por el viento o por otra razón, no sé decirlo. Me tocó la frente y yo me desperté de ese sopor con mi pobre mente ágil y lúcida.

Era una gran misericordia de Dios. Ya estaba fuera de los peligros externos del mal y la inteligencia podía ayudarme o conocer y amar a Dios.

Mi inteligencia se despertó, como ya dije, de forma sorprendente. Escribía versos y compuse varios pequeños poemas de índole religiosa. Un pequeño drama sobre la Navidad fue presentado en esa misma Casa y gustó mucho.

En la escuela, yo había llegado a ser el mejor alumno. Contestaba bien a todo lo que se me preguntaba, hablaba de filosofía, incluso con términos técnicos, sin haberla estudiado, escribía unas redacciones que eran leídas con complacencia y con sorpresa. Me llamaban el “enciclopédico”. ¡Y no sabían que todo eso era tan solo don de Dios!

Toda esa exuberancia de inteligencia me servía solo para glorificar al Señor⁹.

⁸ Esta amada estampita de la Virgen del Buen Consejo, es reproducida y distribuida aún hoy por el *Apostolato Stampa*. Y está citado, en el reverso, el relato del episodio, con la grafía y la firma autógrafa del mismo Padre Dolindo (nombre del redactor).

⁹ A pp. 49-50.52.

PENITENCIAS

Empezó un periodo de fervor con una gran atracción hacia Jesús sacramentado y hacia la Santísima Virgen. Los primeros actos de fervor espiritual fueron actos de penitencia. Recogí en el jardín ciertas ramas de rosas, llenas de espinas, y con eso me hice un cilicio que apreté fuertemente alrededor de mi cuerpo.

No sabía que hacía falta el permiso del confesor y lo hice por mi propia iniciativa; pero cuando él lo supo, quiso ver el cilicio y, ciñéndome la frente, me dijo: “Tú cilicio debe estar por completo en la voluntad y en la mente”.

Yo obedecía escrupulosamente el reglamento y me distinguía por una obediencia ilimitada y ciega.

*Esos años transcurrieron en un “crescendo” de sufrimientos debidos a las persecuciones por parte de los compañeros de curso y de las incomprensiones de los profesores y de los Superiores. La sed de padecer iba creciendo y el 20 de agosto de 1896, Dolindo **hizo un acto completo de abandono en Dios: puso su entera existencia en sus manos, para que Él dispusiera de su vida como quisiera para el bien de las almas.** En su misericordia, el Señor aceptó este sacrificio, que es el más precioso para Él, por cuanto supone el sacrificio de la voluntad personal ¹⁰.*

LE CREEN HIPÓCRITA

Mi nueva inteligencia suscitó celos entre los compañeros que trataron de hacerme quedar mal ante los Superiores. Me amenazaron de expulsarme del Instituto.

Fui a Jesús y le dije: “Si Tú no quieres que suceda, nadie me sacará jamás... Pero hágase tu Voluntad”. Y callé.

Entonces los Superiores, observando que yo siempre me quedaba callado, pensaron que era un hipócrita y decidieron desenmascarar a toda costa mi hipocresía, con violentas humillaciones.

Fui nombrado Prefecto y después de pocos días me sacaron de este cargo con un reproche público y gran vergüenza. Pero yo callé y le ofrecí todo a Jesús.

¹⁰ A pp. 50-51.

Luego, de nuevo, me hicieron Prefecto; y yo obedecí. Poco después me volvieron a quitar este cargo, con otra humillación pública; y yo no me rebelé pensando en Jesús.

Tres años duraron esas pruebas sumamente dolorosas para mi naturaleza; luego, el Director cambió de opinión y presentándome en el noviciado, les decía a todos: “Les aseguro que Ruotolo es realmente un santo, no por broma ni superficialidad, sino porque es un santo realmente”.

Palabras verdaderamente vanas, porque yo no era más que lo que era ante Dios: ¡una pobre nulidad! ¹¹.

NOVICIADO

La vida del noviciado duraba dos años enteros, durante los cuales había que ocuparse solo de la formación del espíritu. A duras penas se estudiaba un poco de latín para no olvidarlo. Por la mañana teníamos una hora de plegaria común con todos; por la tarde otra media hora para tan solo nosotros, los novicios. A eso de las diez había una conferencia en la capilla, la lectura de la mañana y de la tarde. Se salía a pasear sólo dos veces por semana y se iba en silencio por las calles más frecuentadas, y por prudencia, en el primer trecho del paseo. Cuando no se salía por la tarde, nos encargaban los llamados ejercicios corporales, como barrer los corredores, los baños, las escaleras.

Había pocos ejercicios de penitencia: la disciplina, los viernes, durante un Miserere, y las cadenitas de púas. Pero todo el régimen de vida era una penitencia; por ejemplo, no podíamos arrojarnos estando de rodillas o sentados, y había muchos otros pequeños detalles que nos obligaban a una continua abnegación. Además, el Director se encargaba él mismo de humillarnos en público y en privado, y de provocarnos en todas las formas posibles ¹².

¹¹ A pp. 53-54.

¹² A pp. 57-58.

EN EL ESTUDIANTADO (1901-1905)

El paso del noviciado al estudiantado me hizo más recatado, aunque en él se gozaba de una cierta libertad. Mi pequeño y pobre cuartito lleno de aire y de sol me daba mucha paz y mucha unión con el Señor. El año escolar ya estaba muy adelantado.

En este caso también me dediqué al estudio con gran diligencia, y debo reconocer que siempre fui ayudado por gracias especiales.

Estudié filosofía escolástica, ciencias físicas y matemáticas, teología dogmática y moral, sagrada Escritura, Historia eclesiástica y Derecho canónico.

Los estudios del estudiantado, por misericordia de Dios, no me habían relajado en la piedad; pero ya no tenía mis cruces, y esto le dolía a mi alma. Aparte de algunas pequeñas contradicciones, aquí los compañeros me querían, siendo casi todos, los mismos que estuvieron conmigo en la Escuela Apostólica.

Estudiábamos Derecho canónico, justamente la parte que concernía a los Procesos.

Durante el recreo quisieron hacerme una broma. Me acusaron de herejía y reunieron el tribunal del Santo Oficio para juzgarme.

Yo me defendí, pero mi defensa no fue aceptada; fui condenado y excomulgado, y me sacaron del recreo. Era una broma, pero yo sentí tanta pena por aquella condena que reaccioné con ocho días de fiebre muy alta.

¡Quién hubiera dicho que aquella broma llegó a ser como una profecía y que, pocos años después, yo debía sufrir precisamente así el más atroz sufrimiento de mi vida!¹³

Hice mis votos el 1 de junio de 1901. Los votos religiosos en la Comunidad de los Misioneros, son cuatro: pobreza, castidad, obediencia y perseverancia en la Congregación, con el deber de evangelizar a los pobres.

Fue un día de fiesta, pero yo, aquel día, no sentí ningún fervor sensible: hice los votos con la más grande aridez de espíritu; sólo intelectualmente estaba concentrado en el acto de inmolación que le hacía al Señor¹⁴.

¹³ A pp. 59-60,

¹⁴ A p. 61.

ORDENACIÓN SACERDOTAL

Tuvo lugar el 4 de junio de 1905. Yo le pedí a Jesús que no me diera ese día ni emociones ni fervor. Cuidé atentamente que la ceremonia se realizara exactamente para que la ordenación fuera válida. No tuve fervor ni emociones, porque lo había pedido como gracia, pero me sentí sensiblemente otro hombre. Percibí la ordenación sacerdotal y su sagrado carácter en una forma que no sé expresar con palabras.

Celebre la primera misa al día siguiente, 25 de junio. Me asistieron el Superior Giovanni Morino y mi hermano Elio, que ya era sacerdote.

Debían venir mi madre y la familia, de Secondigliano, pero hubo unas contrariedades; la carroza que debía llevarlos a Nápoles, no llegó a tiempo. Yo esperé largamente, parado, en la sacristía, pero luego tuve que salir. Mi madre llegó cuando la misa ya había terminado y tan solo pude darle la comunión. Mi padre ya había muerto el 18 de julio de 1902. Fue doloroso para mí. Él había sido realmente severo, e inconcebiblemente severo con su familia y particularmente conmigo, pero su rectitud había sido siempre tal que de todas las intemperancias nerviosas que tanto nos habían hecho sufrir, él jamás se dio cuenta.

Cuántas veces me dijo: “Yo no sé por qué siempre te hice sufrir cuando eras niño. No lo sé, hijo mío, era como si el Señor lo hubiese querido, porque tú más que los otros debías ser bueno. Realmente no sé, hijo mío, por qué te veje tanto: ¡sin embargo, te quería!”¹⁵.

Mi primera actividad fue la docencia. Fui nombrado maestro de canto gregoriano de los clérigos y profesor en la Escuela Apostólica. Enseñé aritmética en segundo y tercero de básica, historia, geografía y, por un breve periodo, también griego.

Cuidé mucho a aquellos jóvenes; les proporcioné unos libros y con frecuencia los exhortaba a ponderar la importancia de la misión sacerdotal. Y además, no dejé de darles ciertas clases de urbanidad, como si fuera una verdadera disciplina que había que estudiar. Estaba convencido de que un sacerdote tiene el deber, más que cualquier otro, de ser educado, y siempre creí que una buena educación facilita la práctica de la virtud¹⁶.

¹⁵ A p. 61.

¹⁶ A pp. 63-64.

Yo era amado, era considerado como un excelente misionero; incluso, como me explicaron después, los Superiores habían puesto mi nombre en la lista entre los sujetos que podían convertirse en obispos ¹⁷.

En 1903, hice una solicitud para ir a China, como misionero. El Visitador, ante mi pedido de partir e irme a una tierra de misión, contestó así: “Dios le da este deseo para prepararle a los sufrimientos y al Apostolado. Será un mártir, pero de corazón, no de sangre. Quédese aquí y ya no se hable de eso” ¹⁸.

EL DOLOR PURIFICADOR

Jesús tuvo piedad de mí, porque me amaba a pesar de mis ingratitudes. Él empezó a prepararme la Cruz: nuevamente, la incomprensión de alguien determinó que me molestaran.

Yo fui nombrado maestro de canto gregoriano de los clérigos napolitanos. Eso suscitó la envidia de algunos compañeros, que comenzaron a hablar mal de mí al Superior. En esa época se hacían animadas discusiones sobre el canto gregoriano; yo había escrito un método de canto en quince días y había empezado una correspondencia epistolar con el jesuita padre Dechevreus. Quizás eso profundizó la incomprensión que se tenía contra mí. Creo que mis oponentes lo hacían con recta intención: sin duda eran un instrumento en las manos de Dios.

Comenzaron acusándome ante el Superior, diciendo que yo me dedicaba a la música. Yo veo que en esta lucha que se empezaba a hacer contra mí, había la disposición de Dios, precisamente, porque era algo bastante extraño. Si me habían nombrado Maestro de canto del clero, era lógico y era un deber que yo intentara estudiar para cumplir bien con mi tarea. El Superior, en cambio, creía que yo estaba cometiendo una culpa grave.

Recuerdo que en esos días de dolor, me sentí, como por encanto, nuevamente apegado a Dios y con fervor en la oración. Oré mucho a santa Inés, a quien siempre amé como mi protectora especial, porque realmente mi posición era dolorosa.

Pero si tuve una gran pena, yo me sentía también, como por encanto, sacado de aquel ambiente que había hecho de mí un ser árido. Sentí la nulidad

¹⁷ A p. 65..

¹⁸ A p. 60.

de las cosas humanas, la vanidad de las criaturas, la dureza de los hombres, la vanidad suma que es poner en ellos nuestra confianza. Me sentí, en cierta manera liberado de los lazos que me paralizaban, nuevamente medité acerca de la vida de los mártires, reviví los años más hermosos, en el dolor de mi niñez, me recogí en Jesús sacramentado, tuve más confianza en la Virgen, me sentí más humillado internamente, hablé menos de mí mismo y oré más. Fue como una renovación interior ¹⁹.

SEGUNDA PARTE

EXPULSADO, CONDENADO Y REHABILITADO

EN TARANTO

El padre Dolindo y el padre Volpe fueron enviados juntos a la sede de Taranto. A pesar de que el padre Dolindo tenía solo 24 años, fue nombrado director espiritual. Escribió: “Si hubiera rechazado el viaje, se hubiera cambiado todo el rumbo de mi vida, no hubiera tenido las gracias que tuve, ya que por el mundo fueron juzgadas como desventuras. ¡Qué gran verdad es el hecho de que hay que dejarse llevar por la mano de la voluntad de Dios, expresada por los Superiores y los mismos eventos de la vida!”.

La estadía en Taranto empezó con algunas contradicciones; ya que el ambiente era difícil, desordenado y excesivamente permisivo.

Los chicos del colegio nos acogieron con desprecio. Fueron enseguida al corredor donde estaban las puertas de nuestras habitaciones, y detrás de las puertas, nos cantaron un solemne “Réquiem aeternam” ²⁰.

¹⁹ A pp. 65-67.

²⁰ A pp. 73-74.

EL PADRE VOLPE

Nunca hubiera imaginado que con el Superior que se me había dado, yo empezaría en Taranto un segundo, pero verdadero noviciado.

Nosotros debíamos estrenar nuestra tarea de directores espirituales con un curso de Ejercicios. Yo, en aquellas pocas ocasiones en que había predicado en Nápoles, había adquirido fama de buen orador: los sermones que escribí de estudiante fueron juzgados como buenos y así me parecían a mí también. No obstante, el Superior (padre Volpe) exclamó: “Estos sermones no valen nada, nada en absoluto; no pueden hacerse. Por tanto, sólo yo predicaré y tú me acompañarás en la capilla”. Para mí fue un impacto doloroso.

Hacer los Ejercicios sin dar el sermón, para mí, que había ido a Taranto justamente para hacer eso, era una aniquilación total frente al arzobispo y a los seminaristas, y no se puede creer hasta qué punto me costó aquel sacrificio. Sentí que mis nervios se rebelaban, sentía impactos y sentimientos de antipatía por el padre Volpe, y muchas otras miserias. Pero yo luchaba y, para vencerme mejor, quise encargarme de la tarea de lego con el padre Volpe.

Cuando él bajaba a la capilla para pronunciar el sermón, yo iba tras él, le quitaba la toga, se la volvía a poner después de la homilía, lo servía, y luego me quedaba entre los seminaristas para escuchar, y oraba.

En el tercer día de homilías, una gripe le obligó al Superior a callar y yo seguí dando los sermones durante todo el curso de los Ejercicios. El Superior me pedía auténticos servicios a su persona. Cuando faltaba el criado, me hacía hacer las más humildes tareas materiales. Limpiaba el baño del Seminario, barría el corredor, lavaba los platos, transportaba muebles, etc... Me reprochaba ante los seminaristas y, cuando se hacía acompañar por mí, yendo donde las Hijas de la Caridad, me llamaba la atención violentamente y me humillaba incluso ante ellas.

La única cosa que yo cuidaba era no cometer ni siquiera el más pequeño pecado o la más pequeña imperfección, cuando me daba cuenta de que era pecado o imperfección. Pero también esta constante fuga del pecado era una gratuita y gran misericordia de Dios ²¹.

²¹ A pp. 74-76.

EXPERIENCIAS SOBRENATURALES

Recuerdo que mi constante plegaria, cuando celebraba la santa misa, era siempre ésta: “Señor, padecer, padecer y ser despreciado por amor a Ti. Señor, dame a mí las cruces que deberían ser para mi Superior y para otros: inmóleme, oh Señor, completamente”.

Mi alma se iba purificando, como un fruto que va madurando, como una madera que, cepillada y esculpida trabajosamente, empieza a tomar su forma. A veces sentía un repentino recogimiento interior, que me obligaba a quedarme en un silencio profundo y me hacía sentir un amor tan grande por Dios que, incluso si estaba caminando, casi ya no sentía mi propio cuerpo.

Esto me sucedía cuando había sido humillado más por el padre Volpe. Aún recuerdo algunos momentos de unión con Dios: yo no le decía nada, pero me sentía como un niño que descansa arrimado al corazón de su mamá. El Señor así me atraía hacia el padecimiento y me daba la fuerza para que yo siguiera sufriendo en silencio.

Nunca tuve ni visiones, ni éxtasis, ni algo que se manifestara al exterior. El haber tenido un ensayo, por así llamarlo, pasajero de unión mística, me hizo comprender mejor, más adelante, a algunas almas en la dirección espiritual²².

EXPULSADOS

En aquella época en el Seminario de Taranto no había más que indisciplina y desorden. Se sustraía a los jóvenes de nuestra influencia. Taranto moría espiritualmente, el clero era escaso, las iglesias desiertas, los sacramentos no eran frecuentados en absoluto. El libertinaje público era enorme a causa de los destacamentos de marinos que llenaban Taranto. Los seminaristas eran numerosos pero recogidos más que nada para que hubiera un buen número de ellos, ya que pagaban poco y tenían esperanza de seguir adelante sin muchos requisitos. Sucedió en el colegio desórdenes realmente graves. Para defender el honor de Dios y de sus futuros ministros, afectados por cierto personaje de mala fe, el padre Dolindo se transformó de dócil y manso en enérgico y robusto orador desde el púlpito. Dirigió a sus muchachos un emotivo llamado al decoro que dejó a todos asombradísimos...

Mi discurso desconcertó por supuesto a los responsables, quienes le impusieron al Rector expulsarnos. Él, por amor a la paz, con telegrama le pidió

²² A p. 77.

al Visitador de los misioneros en Nápoles nuestro inmediato retorno. El Visitador fue personalmente a Taranto y dijo que iríamos. Mi Superior, el padre Volpe, fue destinado a Lecce y yo a Molfetta ²³.

EN EL SEMINARIO DE MOLFETTA

Fui destinado al Seminario de Molfetta primeramente como Maestro de canto y luego también como Maestro espiritual. Me dolió mucho separarme del padre Volpe, me sentí como perdido, porque a pesar de todo yo no tenía absolutamente ninguna experiencia de la vida. Fui acogido en el Seminario con mucha cordialidad y casi diría con honor. Por eso sentí una gran pena. ¿Dónde estaba mi pequeña casa solitaria de Taranto? ¿Dónde estaba el padre Volpe que yo consideraba como mi padre y bienhechor? Yo preveía una decadencia espiritual, porque sabía bien, por experiencia, que mi alma, sin grandes sufrimientos, no vive. Pero gracias a Dios, eso no sucedió, porque después de pocos meses se prendió ese incendio contra mí, que fue aquella dura lucha destinada a destruirme desde las bases.

El Seminario de Molfetta tenía cerca de trescientos cincuenta jóvenes entre los internos y los que vivían afuera. Tenía una biblioteca soberbia y un pequeño museo prehistórico; este museo fue hecho por un sabio canónigo, el canónigo De Luca. Él descubrió, a poca distancia de Molfetta, en una localidad llamada Pulo, una ciudad de la época paleolítica. Yo pude visitar esa ciudad.

Como en casi todas las ciudades de Pullas, en Molfetta faltaba el agua y se tomaba el agua de cisterna, tan sucia y engusanada que, antes de tomarla, uno estaba obligado a filtrarla con un paño. Viví en un cuartito hasta ser nombrado Maestro espiritual, y con enorme placer tuve un cuarto más pobre, más oculto, frente al jardín, que estaba precisamente delante de la capilla del Seminario, donde se conservaba a Jesús sacramentado.

Este cuarto fue mi delicia, porque por la noche me levantaba e iba a visitar a Jesús sacramentado. Además, durante el día, yo me sentía tan cerca de Él, vivo y verdadero, que exultaba pensando que le tenía al frente, a tan corta distancia. Era lo que yo siempre había deseado en mi vida.

Fue Jesús sacramentado el que sostuvo mi vida espiritual en Molfetta. Yo pasaba mucho tiempo ante Él, y le pedía que dirigiera Él mismo a los jóvenes del Seminario, sintiéndome yo tan inútil para tal tarea.

²³ A pp. 78-79.

Mi estadía en el Seminario de Molfetta tuvo algunos buenos frutos para los seminaristas. El obispo, Monseñor Picole, confesó públicamente que yo había reformado su Seminario. Sin embargo, yo nada había hecho; tan solo había orado mucho y me había puesto en manos de Jesús. Mi secreto era sólo Jesús sacramentado.

Intentaba vivir una vida retirada y, cuando fui Maestro espiritual, casi ya no salía de paseo. Me ponía en el último puesto y barría los corredores, para dar un buen ejemplo a los jóvenes; les daba la precedencia en todo, pero sin exhibición y con una sobriedad y dignidad que nacían en mí espontáneamente, porque yo realmente estaba convencido por completo que merecía sólo el último puesto. Aunque estaba en el último puesto, cuando tenía que reprochar a alguien, lo hacía sin ceremonias y con energía. Pero eso casi nunca sucedió, porque esos jóvenes me querían y bastaba una mirada para mantenerlos en orden ²⁴.

ACUSADO

El 3 de septiembre de 1907, empezó una dura lucha contra mí y me llamaron nuevamente a Nápoles, con telegrama, el 29 de octubre de 1907.

El hecho de haber defendido a mi Superior y director espiritual de una acusación injusta, me involucró en un evento sumamente doloroso, que me costó sufrimientos inauditos

Durante su estadía en Catania el padre Volpe había conocido y dirigido a una joven mujer, Serafina, que, según parecía, tenía dotes de vidente.

A decir verdad, parecía que tenía, y que al menos aparentemente fueron comprobados otros carismas extraordinarios también, tales como la hierognosis, la capacidad de ayunar, la agilidad y el don de profecía, mediante el cual profetizó inclusive eventos históricos de alcance internacional que luego se realizaron.

El Padre Volpe llamó a Serafina para que fuera a Giovanazzo (cerca de Molfetta), y así el padre Dolindo tuvo la oportunidad de conocerla personalmente. El confesó a Serafina, tuvo ocasión de estudiarla personalmente durante ocho días consecutivos y de escucharla hablar en éxtasis, y de este conjunto de circunstancias se formó un juicio positivo. No le parecía que pudiera negar la acción del Espíritu Santo en aquella mujer. Había, eso sí, algunos

²⁴ A pp. 81-84.

puntos oscuros, pero no tales que pudieran invalidar definitivamente un juicio de conjunto favorable a los hechos y a la persona. Por tanto, el padre Dolindo sintió la obligación de defender a su Superior de las acusaciones que le hiciera el Visitador de Nápoles, que ya se había enterado de estos “hechos de Catania”.

De esta manera, el padre Dolindo se halló personal y plenamente involucrado. Lo que era la afirmación de una “visión”, fue distorsionado y llegó a ser definido una “Encarnación” del Espíritu Santo. Para el padre Dolindo éste fue el fin. Dejemos que lo cuente el: “Fue inútil para mí toda aclaración, toda explicación, cuando me di cuenta del error que hiciera el Visitador. Él quedó convencido de que yo sostenía la Encarnación del Espíritu Santo, y hasta la fecha (1923), lo que en realidad es muy extraño, muchos me culpan por aquella tontería que yo ni en sueños dije y mucho menos sostuve”²⁵.

SUSPENSIÓN

Cuando llegué a Nápoles, me presenté ante el Superior, el cual me dio la Orden de no interesarme en aquellos hechos extraordinarios y me suspendió de la celebración de la santa misa. Yo acepté tal suspensión con mucha pena por una parte, pero también con mucha felicidad, porque estaba convencido de que había cumplido mi deber a costa de mi destrucción. También el padre Volpe había sido llamado nuevamente a Nápoles desde Lecce y él también unos días antes recibió la orden de no celebrar la misa. Así, el 30 de octubre de 1907, comenzó realmente mi Calvario. Yo no sé decir cual vergüenza cayó sobre mí por aquella suspensión. Por la mañana comulgaba, pero en la Casa todos se alejaban de mí como de un excomulgado. Un viejo misionero, el señor Piazzola, que antes me estimaba mucho, al verme viraba la cara hacia la pared y se santiguaba, como si hubiera visto al demonio.

Fue enviada a Roma una denuncia contra los dos, acusándonos de ser “herejes formales y dogmatizantes”, ¡peligrosos para la Iglesia! Después de 10 días, el Visitador nos comunicó un llamado del Santo Oficio.

El 4 de diciembre de 1907 fuimos a Nápoles con el tren rápido de las diez de la mañana. Yo partí sin nada; no tenía equipaje, nada, y en el bolsillo tenía sólo el pasaje de tren y cuatro monedas, sólo cuatro. Nada más.

Llegamos a Roma a las dos y media de la tarde, y hallamos en la estación al Procurador general de los Misioneros, Monseñor Veneziani. Recuerdo que él,

²⁵ A pp. 85-87.

viéndome tan pequeño y casi niño, tan tímido, tuvo compasión de mí, y para darme valor me hacía observar los monumentos de Roma.

A mí, Roma me daba la impresión de una ciudad muerta, árida, pesada, oprimente; el alma no sentía allí ninguna vida, a pesar de que todo era colosal. El pensamiento de los mártires tan solo me enternecía, y también el pensamiento de que en Roma estaba el Papa. Visitamos rápidamente San Pedro. Más o menos a las cuatro y media de la tarde, pasando por las columnas de la izquierda, llegamos al palacio del Santo Oficio.

Después del breve interrogatorio al padre Volpe por el Santo Oficio, y mientras Monseñor Veneziani intentaba disuadirle al padre Dolindo de su solidaridad con su Superior, fueron asignadas sus sedes para la estadía romana: los dos sacerdotes fueron separados y al padre Dolindo le tocó un cuarto en la Casa de los Misioneros, en el palacio Montecitorio, actualmente ocupado por el Parlamento.

Yo me sentía morir de pena. Necesitaba consejos, no tenía a quién dirigirme, no sabía dónde estaba el padre Volpe, no sabía cómo enviarle una carta. Además, no tenía nada; solo cuatro monedas en el bolsillo y, para cualquier caso, esas monedas debían servir para estampillas u otra cosa.

De pronto, sentí a Satanás a los pies de mi cama; no vi nada, pero lo escuché. Y un hielo mortal me congeló por completo, por el miedo. Satanás me dijo: “¡Estúpido, no ves qué te procura esta supuesta Obra de Dios! Niégalo todo y reconquista la estimación de los demás”. Era la primera vez que percibía con tanta evidencia la tentación.

Estaba congelado, temblaba, pero me dirigí al Señor y tuve confianza en Él. En efecto, era en Dios en quien yo confiaba, y era por su Gloria que yo me inmolvaba. Luego, ya que Satanás seguía tentándome para quitarme el valor, yo le dije: “Muy bien, yo te ordeno en el nombre de la Obra de Dios que surge, que te vayas”. Satanás huyó de inmediato. Yo me había acostado vestido, y estaba cubierto tan solo por las cobijas. Me dormí, ya que jamás perdí la tranquilidad.

Por la tarde, Monseñor Veneziani me comunicó que podía celebrar la santa misa, y el día siguiente, 6 de diciembre, después de treinta y seis días de suspensión, la celebré sumamente reconfortado.

El día 11 de diciembre de 1907, acompañado por Monseñor Veneziani, fui sometido al primer interrogatorio en el Santo Oficio.

Hubo tan solo una recomendación general por parte del Santo Oficio, pero Monseñor Veneziani emprendió una obra de persuasión en el padre Dolindo, pero él permanecía firme en su posición. “Después de un segundo interrogatorio, el 28 de enero de 1908, nuevamente el padre Dolindo fue suspendido de la celebración de la santa misa, y también de la comunión y de la confesión. Además, la firmeza del padre Dolindo, no solamente no fue apreciada, sino que fue atribuida a locura, de manera que fue sometido a un control psiquiátrico luego del cual fue reconocido perfectamente lúcido. Le devolvieron la facultad de comulgar”²⁶.

EXPULSADO

El 13 de Abril de 1908, el padre Dolindo es enviado a Nápoles para conocer su destino. A pesar del firme propósito de mantener los votos profesados, y como consecuencia de ulteriores calumnias, el pobre padre Dolindo tuvo que aceptar la decisión del Santo Oficio, que dispuso también su expulsión de la Comunidad. Él así lo narra: *Mi posición era sumamente dolorosa: en mi casa era considerado como un excomulgado, un hereje, un inmoral, un loco, y el pensamiento de tener que ir a mi casa me congelaba. Mi madre estaba enferma gravemente, y la idea de darle este dolor y de ser considerado como su verdugo, realmente me hacía doler el corazón. Temía los reproches de mi hermano Elio y la inquina de todos.*

Así pues, me inmolé al Señor y le dije: “Hágase tu Voluntad”. Preparé mi maleta y me fui a mi casa (15 de mayo de 1908)”²⁷.

EXORCISMO

Su familia pensó en el demonio. El 24 de julio de 1908 a eso de las diez de la mañana hubo un vaivén en la casa Ruotolo.

Fueron llegando de uno en uno dos hermanos de la madre, uno de ellos con la esposa. Se oía un palabreo en voz baja, se notaba que evitaban a propósito al pobre padre Dolindo.

Otro timbrazo y entró una tal Marieta F., amiga de la familia, llevando en la mano, con aire astuto, una botellita: ¡agua bendita! El último en llegar fue el Penitenciario de la catedral de Nápoles, Monseñor Andrulli. La hermana *Cristina*

²⁶ A pp. 89-93.

²⁷ A p. 93.

se acercó al padre Dolindo, diciendo que el Penitenciario de la catedral deseaba hablarle.

La asamblea era plenaria. Con Monseñor Andrulli estaban la madre, las hermanas, los tíos, la tía y doña Marieta.

Entró el Padre Dolindo, doña Marieta abrió la misteriosa botellita, le tiró encima toda el agua bendita que contenía, y con un aspecto loco y fanático, huyó.

Los tíos, chillando, se lanzaron sobre el pobre Dolindo y lo agarraron, porque pensaban que apenas comenzara el exorcismo, el diablo que, según ellos, debía estar dentro de su cuerpo, habría empezado a hacer locuras. La madre y las hermanas lloraban...

El padre Dolindo, asombrado y enojado, preguntó que era esa escena de manicomio. Entonces, Monseñor Andrulli, el único que en ese momento estaba completamente lúcido, con dulzura dijo que había venido para exorcizarlo: se temía que fuera víctima de obsesión diabólica.

Dolindo declaró que se sometería feliz, a través del exorcismo, a una bendición de la Iglesia, pero, por supuesto, a condición de que todos salieran del cuarto.

Durante las oraciones, él se sintió presa de un recogimiento profundo, percibió una gran paz, una unción totalmente sobrenatural, una gran unión con Dios.

Terminadas las oraciones, con aquel humorismo que jamás lo abandonaba, ni siquiera en los momentos más trágicos de su vida, el padre Dolindo le dijo al Penitenciario: “Monseñor, es tanta la paz que siento en el alma que dos son los hechos: ¡o yo no tengo el diablo en el cuerpo, o usted no sabe sacarlo!

Entre tanto, los hechos —abundantemente desfigurados— fueron citados en la prensa y contribuyeron a empeorar la reputación de nuestro sacerdote. Como consecuencia de estos últimos eventos, tanto el padre Dolindo como el padre Volpe se hallaron totalmente marginados.. Pero eso también hacía parte del proyecto divino ²⁸.

²⁸ A pp. 95-97.

ESPIRITISMO

En la casa de mi primo desde hacía muchos años había una fea costumbre: se reunían el marido de su hermana junto con un hermano coronel, Aurelio Orgera, y hacían invocaciones espiritistas con la mesita de tres patas. Esta costumbre era una triste herencia de la familia Orgera.

Estando yo en casa de Humberto, varias veces hubo discusiones sobre el espiritismo. Yo refutaba, intentaba contradecir las teorías y las prácticas del espiritismo, pero nada obtenía: el argumento basado en prejuicios con el cual me refutaban era siempre que yo jamás había asistido a sesiones de espiritismo y por eso lo juzgaba mal... Finalmente pensé que, como sacerdote, para el interés de ellos y de las almas, quizás era un bien que yo viera de cerca el espiritismo. Tenía esperanza de desengañarlos de esa manera y efectivamente lo hice. Se le preguntó al espíritu, si yo era un médium y si quería escribir a través mío. Contestó que yo no era un médium y que no quería escribir a través mio, porque no podía hacerlo.

Se terminó la sesión poco después, pero yo quedé muy perturbado. Es una cosa muy triste, incluso asistir a una sola de estas sesiones y por experiencia personal puedo decir que son auténticas y que son un fruto diabólico.

El 12 de enero de 1909 participé en otra sesión. Como de costumbre, así como la vez anterior, la mesita se movió y se levantó. Sin duda, no la levantaba nadie, y la hipótesis natural que algunos hacen de que la mesa se mueve por fluidos magnéticos, es una tontería: la mesa se movía con movimientos sintomáticos, provocados por un ser inteligente, que manifestaba una inteligencia propia y activa, diferente de la de los presentes.

Entonces, me levanté y dije solemnemente: “Como sacerdote de Dios, oh espíritu maligno, yo te maldigo, y te ordeno que vuelvas a los abismos”.

La mesita se sacudió, como si hubiera sido presa de terror, y tembló también el cuarto y se movió un florero de porcelana que estaba lejos, sobre un piano. El espíritu huyó y la comunicación terminó.

Para mí este hecho fue decisivo; me pareció totalmente claro que quien intervenía era un demonio o un alma perdida. El espíritu no había podido resistir la orden del sacerdote.

Según recuerdo, yo intenté quitarles la ilusión a mis parientes. Entonces, empecé a orar continuamente a Jesús, oré por muchos días entre gemidos y

suspiros, para que no permitiera que las almas quedaran víctimas de un engaño tan grande.

Oré a Dios y le dije: “Señor mío, si se comunican los espíritus malos para el mal de los hombres ¿por qué no me mandas tú a mí por el mismo camino con el cual se ofende a Dios a un alma bienaventurada para que ella nos enseñe a amarte?”.

En otra sesión diferente a las otras, el espíritu dijo que yo no era un médium, pero estaba destinado a convertirme en un instrumento de Jesús, no por medio de mesitas parlantes, sino en el camino de la fe por mi mismo carácter sacerdotal del cual derivaría esta comunicación. Entonces se manifestó, ya no un espíritu primitivo como en la primera sesión, sino Gema Galgani, la venerable fallecida en Lucca, con fama de santa y dijo que quería comunicarse conmigo...

De esta manera, un nuevo soplo de vida cristiana verdadera y sólida se había difundido en aquella familia tan poco cristiana, tan alejada de Dios, tan fanática por las practicas espiritistas, a las cuales jamás volvieron, lo cual tiene una gran importancia...

Después de las comunicaciones de Gema Galgani, que fueron mi primera preparación, llegaron las comunicaciones de los ángeles. Ellos venían a preparar mi alma con el fin de que fuera instrumento en las manos de Dios. Yo notaba la diferencia entre las comunicaciones de Gema y las de los ángeles. Estas últimas eran más elevadas, más profundas. Según recuerdo, tuve la primera comunicación con Jesús el 25 de marzo de 1909...

Más adelante Jesús se difundió sacramentalmente y entonces mi comunicación fue más plena e intensa y a veces incluso fue sobrenatural y mística. Es este un largo proceso y un progreso rigurosamente teológico que no podía nacer ni de la ilusión ni del demonio.

Es interesante anotar que Amalia Fellico, una de sus hijas espirituales más amada, fue víctima voluntaria por el bien de la Obra. Ella se enfermó gravemente en mayo, pocos días después de haber ofrecido su vida por la Obra y en los primeros días de julio volvió a la casa del Señor

Yo la llamaba botón eléctrico porque en todas las situaciones urgentes o complicadas, siempre era ella a la que se llamaba y siempre era ella la que respondía. Amalia, Amalia, cada uno la llamaba como si hubiese sido la solución inmediata de toda necesidad y ella llenaba la casa esforzándose en

*hacerla vacía de sí, porque no aparecía y se ocultaba bajo el velo de su sonrisa*²⁹.

REHABILITADO

Por consejo de su confesor el padre Wirth, el padre Dolindo decide ir a Roma a defender su propia causa. Se dirige también a Monseñor Mazzella a quien había conocido en Taranto y el, con el permiso de Roma, lo llama a su diócesis de Rossano, en Calabria, encargándole la tarea de secretario suyo. El padre Dolindo parte y va a Rossano el 19 de octubre de 1909. Aquí se dedica a un intenso apostolado, se ocupa mucho de los niños y de los jóvenes enseñando y divirtiéndolos con agradables excursiones en la estupenda tierra de Calabria, en la cual es posible enamorarse de Dios admirando las obras maestras de su creación. Se ocupa también de la música y produce algunas composiciones muy agradables.

La noche del 9 de junio de 1910, consciente ya de la orientación de su misión, el padre Dolindo contesta generosamente al llamado de Jesús y, obedeciendo a su director espiritual (padre Volpe), se inmola como víctima, a Jesús. Siempre con la obediencia al director espiritual cumple otra inmolación, como acto de reparación por todos los sacrilegios que se hacen celebrando la misa. El padre Dolindo decide renunciar a la Ofrenda que en realidad le correspondía como celebrante, por cada misa. Recordemos que él ya vivía en una pobreza casi absoluta ³⁰.

El 8 de agosto de 1910 le llegó un Rescripto de la Sagrada Congregación de Religiosos en el que lo rehabilitaba después de estar suspendido de celebrar misa por dos años, seis meses y once días.

El 19 de marzo de 1911 el padre Dolindo recibe una comunicación del obispo Mazzella que le ordena volver a Rossano. Entonces deja Roma y llega a Nápoles para quedarse allí una semana y de allí nuevamente viaja a Rossano.

Va a Rossano sin mochila y sin sandalias como de costumbre y llega a Rossano donde Monseñor Mazzella le devuelve la facultad de confesar y de predicar con gran beneficio para muchos. Dice: *“Hubo quien me vio en el confesonario vestido de blanco o resplandeciente de luz, cuando Jesús estaba conmigo y trabajaba en las almas”* ³¹.

²⁹ A pp. 145-146.

³⁰ A pp. 117-118.

³¹ A pp. 135-136.

El 17 de diciembre de 1911 ordenaron a Monseñor Mazzela que saque a Dolindo de Rossano y vaya a Roma a presentarse al Santo Oficio. A fines de mes se hace presente en Roma y le invitan a quedarse de huésped en la hermandad sacerdotal en San Martín del Macao, que era la cárcel del Santo Oficio. Allí permaneció unos días, ya que el 6 de febrero lo mandan a Nápoles, donde estuvo desarrollando un intenso apostolado hasta 1921.

TERCERA PARTE APOSTOLADO Y CARISMAS

APOSTOLADO EN NÁPOLES

El 1 de febrero de 1913 fui invitado a dar un triduo de preparación para la comunión en la tercera sala del Hospital de Peregrinos. Al entrar en aquella sala por primera vez, me parecía ver al propio Jesús reclinado sobre esas camas de sufrimiento.

Pasé al lado de los enfermos, deteniéndome ante todas las camas para decir unas palabras de consuelo. Luego me senté en el centro de la sala, y hablé de la Gracia que se oculta en las desventuras humanas. Hablé con parábolas y comparaciones, y recuerdo que todos quedaron profundamente felices y reconfortados.

Había allí un joven zapatero. Se llamaba Luigi Capriglioni. Era un joven zapatero al cual un tranvía le había destruido un pie. Le habían amputado una parte de la base del pie, uniéndole luego a la pierna. La operación había sido exitosa, pero el joven estaba inconsolable, pensando que debía quedar cojo.

Él meditaba en suicidarse y me dijo: “Yo me pegaré un tiro de pistola debajo del paladar, para estar seguro de morir”. Lo consolé y le dije: “Recuerde lo que le digo: un día de éstos, no lejano, usted le agradecerá a Dios por haberse lastimado el pie, y por haber quedado lisiado”.

Estas palabras se verificaron. Cuando estalló la guerra europea, él, encontrándome, me dijo: “Sabe qué, realmente le agradecí a Dios por haber quedado cojo, porque sin eso yo también hubiera ido a la guerra”.

Les presté a los enfermos unos libros de devoción para ocupar su tiempo, les di objetos de devoción también, y algunos regalitos. Ellos me tenían mucho

afecto y, al terminar el triduo, quisieron que yo siguiera yendo. Así fue cómo empezó mi costumbre de ir todos los domingos a visitar a los enfermos del Hospital de peregrinos.

Era admirable verlo besar a los pobres enfermos, aunque fueran contagiosos para no hacerles sentir mal y los acariciaba y consolaba personalmente.

Dice: Di mi primer discurso de las Cuarenta Horas en la iglesia de San Jenaro de los pobres, el 23 de septiembre de 1913. En aquel asilo se hospedaba un tío mío, noble, pero en condiciones de extremada pobreza.

Él casi creía avergonzarme, por el estado a que había llegado, y se ocultaba; pero yo lo busqué, lo abracé, lo besé y besé su mano por respeto, y él se sintió sumamente reconfortado ³².

En la actividad del apostolado, yo ardía en deseos de hacer conocer y amar a Dios. Aprovechaba todas las oportunidades para glorificarlo, e incluso en las calles les reprochaba a los blasfemos, exhortaba a los niños, me detenía adrede cerca de los quioscos de los Diarios, para hallar una ocasión de decirles algunas palabras buenas a los que paraban allí. Luego, hacía lo que yo llamaba el apostolado del paraguas.

Cuando llovía y veía a alguien sin paraguas, lo seguía, lo amparaba bajo mi paraguas, y como el que se protegía de la lluvia conmigo se conmovía por tal gentileza, yo hallaba el terreno más preparado para decirle unas buenas palabras.

Al terminar enero de 1914, pensé que, con el propósito de reforzar de alguna manera el fruto de aquella predicación, era conveniente dejarles a los fieles un consejo, un recuerdo, por escrito.

Entonces compré unas estampitas sagradas y en el reverso de cada una escribí un lema, una exhortación y en ocasiones un reproche.

Antes de escribir, le suplicaba a Jesús pidiéndole que se dignara hablar Él a cada una de esas almas, a quienes yo no conocía. Luego, después de haber escrito, mezclaba las estampitas y luego de la última Homilía, bajando del púlpito, las distribuía, pidiéndole a Jesús que a cada una de las almas le tocara lo que estaba proporcionado a sus requerimientos particulares.

³² A pp. 151-153.

Los hechos siempre demostraron que Jesús, con delicada misericordia, sirviéndose de mí, sacerdote suyo, hablaba íntimamente a esas almas.

Todos quedaban sorprendidos recibiendo las estampitas, ya que las palabras escritas en el reverso respondían a sus necesidades espirituales y a sus pensamientos más ocultos.

El apostolado del Padre Dolindo se dirigió también a las “mujeres perdidas”. Él se iba al Hospital de la Paz, donde esas pobrecillas se hallaban internadas, y a pesar de ser, al comienzo, cubierto de burlas por parte de ellas, con su delicadísima caridad logró seguir su apostolado, que reveló ser particularmente fecundo, devolviendo al buen camino a muchas almas descarriadas³³.

ALGUNOS CARISMAS

a) CURACIONES

Mientras me acercaba a escuchar la prédica del padre Dolindo en la basílica del Espíritu Santo de Nápoles, me caí de mala manera y me hice daño en el pie izquierdo. No podía caminar. Llegué a la iglesia despacito, apoyándome en las paredes. Me senté pero el dolor era fuerte y no entendí nada de la prédica. El pie se me hinchó. Apenas terminó el padre de predicar, le dije: “¿Padre, cómo hago para regresar a casa? Mi padre se sentirá mal al verme sufrir así”. Él me contestó: “¿Dónde te hace daño?”. Le mostré el lugar, se inclinó, me hizo la señal de la cruz y dijo: “Digámoselo a la Virgen”; y rezó un avemaría. Se lo agradecí y regresé a mi lugar y sentí como si una fuerte corriente me circulara por toda la persona y a la vez desapareció todo el dolor y pude volver a mi casa a paso ligero³⁴.

Me operaron de apendicitis y en vez de mejorar empeoré hasta el punto de que mi estómago no retenía nada, ni siquiera un poco de pasta con un hilo de aceite y, si lo retenía, me venían fuertes dolores y, después de un poco de tiempo, lo devolvía. El hígado se había inflamado y cualquier medicina me empeoraba. Un día mi madre me obligó a tomar una yema de huevo fresco y acepté por complacerla, pero al poco rato los dolores eran atroces. Era la víspera de Navidad de 1954. Me sentía agotada. Quise ir a la misa de Don Dolindo. Después de la misa él me dijo: “Te doy la obediencia de ir a casa y comer de

³³ A pp. 154-155.

³⁴ Cervo Enzina, *Don Dolindo Ruotolo nei miei Ricordi*, Casa mariana editrice Apostolato stampa, 2006, pp. 65-66.

todo”. *Quedé perpleja y le respondí: “¿Cómo hago si no retengo ni una tacita de agua?”*. *“Te mando por obediencia que comas de todo. En esto veré si eres de Dios o del diablo”*. *Exclamé: “Señor, hazme obedecer”*. *Llegué a mi casa y pedí un pedacito de pan para probar. Y con gran maravilla no lo devolví y no tuve ningún dolor. Más tarde mi madre preparó una ensalada un poco indigesta. Tomé un poco y mi madre se espantó: “¿Qué has hecho?”*. *“Comí ese pedacito y todo ha ido bien”*. *A partir de ese momento pude comer de todo* ³⁵.

Un día tenía mucha tos y eso me daba fastidio a mí y a los demás, especialmente durante la prédica del padre. Él entonces extrajo tres o cuatro caramelos de su bolsillo y me los ofreció, diciendo: “No los regales, son tuyos. Debes curarte de esa tos”. *No había terminado aún los caramelos y la tos había desaparecido* ³⁶.

Un día me salió una verruga en el dedo índice de la mano derecha. Cometí la imprudencia de cortármela con una tijera. Después me salieron siete en otros dedos incluso de la mano izquierda. Un día, después de haber curado las llagas de las piernas del padre, utilicé las vendas que había usado para su cura, impregnándolas de agua con la que había lavado sus heridas y como por encanto desaparecieron las verrugas ³⁷.

En la víspera de recibirse de ingeniero, mi hermano debía terminar un trabajo de diseño. Lamentablemente se cayó y se fracturó el puño de la mano derecha. Los dedos y la mano se hincharon y por el fuerte dolor no podía ni siquiera tener en la mano el lapicero. Yo lo acompañé al hospital de los Peregrinos. Encontraron que el puño estaba fracturado y le dijeron que regresara al día siguiente para enyesarlo. Pasó una mala noche. Por la mañana decidimos ir a ver al padre Dolindo antes de ir al hospital: “Padre mío, mira qué ha pasado. Pino no puede recibirse de ingeniero”, le dije llorando. Él observó la mano, trazó sobre ella una señal de la cruz con el pulgar y rezó un avemaría a la Virgen y después dijo a mi hermano Pino: “Vete, que no tienes nada”. Entonces, le contesté: “¿No vamos a ir al hospital?”. *Él nos dijo: “Id”*. *Fuimos al hospital. El médico miró la mano por dos veces y exclamó: “Marchaos a casa, no tiene nada”*. *Regresamos alegres, pues el dolor había desaparecido y pudo recibirse de ingeniero*.

Mi hermano Rolando debía ir a la guerra. Había sido destinado al frente de Rusia. Fui llorando al padre Dolindo: “Padre, Rolando no volverá más. Y él, dándome una imagencita de la Virgen del Buen Consejo, me dijo: “Di a Rolando

³⁵ Cervo Enzina, o.c., pp. 66-67.

³⁶ Ib. p. 70.

³⁷ Cervo Enzina, o.c., pp. 70-71.

que la lleve”. Después de muchas peripecias de la guerra mi hermano consiguió huir y de su grupo regresó él solo³⁸.

Otro hermano mío con título en economía y comercio, se enfermó y tenía vómitos de sangre. Un médico le dijo que era gripe. Otro que era tuberculosis y le mandó streptomycin en fuertes dosis, pero era alérgico a este medicamento. Yo lo cuidaba noche y día. El 16 de marzo de 1967 el padre escribió detrás de una estampita: “Enzina, tú agonizas y contigo mi siervo y tu familia por la grave enfermedad de tu hermano. Llorad, pero esta enfermedad no lo lleva a la muerte, sino a la glorificación de Dios por un milagro”. Vino a casa el padre Dolindo y le pasó el rosario por los pulmones de mi hermano y dijo: “Siento que la Virgen le está curando sus pulmones”. Antes de irse dijo: “Haced un acto de fe y quitadle todas las medicinas”. Después exclamó: “Un acto de fe viva en la Virgen y en Jesús sacramentado y tu hermano resucitará con Jesús resucitado”. Hicimos como había dicho el padre y mi hermano se mejoró, comenzó a comer y subió rápidamente de peso. Los médicos, cuando lo examinaron, dijeron que había sido un milagro³⁹.

Una señora de nombre Spinelli lloraba mucho porque había perdido la vista y debía estar siempre acompañada y no podía leer. Estaba desolada. Don Dalindo la bendijo, rezó a la Virgen y la señora volvió a ver y podía leer y salir de casa sola.

Una mañana se presentó la señora Vitiello con una niña de pocos meses envuelta en un chal. Lloraba e imploraba la curación de la niña. El padre la bendijo, rezó un avemaría a la Virgen y después dijo a la señora: “Vete que esta niña vende salud”. Al momento del hecho prodigioso, la niña tenía la enfermedad azul, tenía las uñas y ojos morados, y no rosados como en todos los niños sanos. He podido volver a ver a esa niña de doce años y vive y está muy bien de salud⁴⁰.

La señora Lucía La Porta de Bari tenía glaucoma y fue a llorar al padre y con fe se secó el ojo con el manto de Don Dolindo. Curó al instante sin operación. Seguidamente pintó el retrato del padre de tamaño natural que se conserva en la Casa del Apostolato Stampa.

Un día, después de la misa, se presentó un señor. Estaba acompañado, porque era ciego por su mucha diabetes. Después de algunos días, el mismo señor vino solo. Buscaba con insistencia entrar primero y decía: “Hacedme

³⁸ Cervo Enzina, o.c., pp. 71-72.

³⁹ Cervo Enzina, o.c., pp. 73-76.

⁴⁰ Ib. pp. 76-77.

*entrar. Yo era ciego y ahora veo. Quiero agradecer al padre”. El padre me dijo sobre esta curación: “Sentía todavía a Jesús en la boca, pues acababa de recibirlo en la comunión y con la saliva hice la señal de la cruz en los ojos de ese señor ciego y se curó”*⁴¹.

b) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Un día fui a misa con un vestido que me había regalado mi hermana. Era celeste con muchas estrellitas negras. Después de la comunión, regresando a mi puesto al fondo de la capilla, mis ojos se fijaron en mi vestido y en las estrellitas en vez de agradecerle a Dios. Fue un momento de distracción. Don Dolindo que no podía verme porque estaba de espaldas, después de la misa, me dijo: “En vez de mirar las estrellitas de tu vestido deberías estar más recogida para agradecer al Señor”.

*Otra vez me dijo: “Me escondes algo”. Yo no sabía a qué se refería. Entonces me nombró a una persona que me había hecho algo equivocado y le entendí. Y así otras veces cuando me decía: “Has hecho una buena acción”. En verdad no recordaba, pero él me lo recordaba. Un día le pregunté: “¿Don Dolindo, ¿cómo hace para ver las cosas antes de que sucedan antes de que se las diga?”. Me respondió: “Veo ante mí como en una película la escena de que te hablo”*⁴².

*Un día se le acercó un hombre muy contento y le dijo: “Padre Dolindo, mi hermano está mucho mejor. Cuando este hombre se fue, el padre me dijo: “Este hombre se engaña. Su hermano se va a morir”. Y de hecho, después de algunos días, su hermano murió*⁴³.

c) MILAGROS

*Un 11 de octubre en la parroquia de la Inmaculada de Lourdes y de San José había una misa solemne y el padre tocaba el órgano. Yo estaba sentada a su derecha y en un momento sentí la voz de una mujer, bellísima y dulce que cantaba con él. No pude resistir y me levanté para ver quien cantaba, pero no había nadie. Después de la misa pregunté: “¿Padre, quién cantaba con usted con esa voz tan bella?”. Me respondió con sencillez: “He invitado a la Virgen a cantar conmigo”*⁴⁴.

⁴¹ Cervo Enzina, o.c., pp. 78-80.

⁴² Cervo Enzina, o.c., pp. 23-25.

⁴³ Cervo Enzina, o.c., p. 61.

⁴⁴ Cervo Enzina, o.c., pp. 59-60.

Fui al armonio y quise cantar el himno Jesús “Divino Maestro” pero no lo recordaba y entonces le pedí a Jesús con simplicidad que me ayudara Él a cantar. Y de hecho canté y fue grande mi sorpresa cuando el Rector Giuseppe Castiello, oyendo un canto más hermoso que el de costumbre, mejor dicho, escuchando a otro que cantaba conmigo fue arriba para ver quién me estaba ayudando.

Me encontró solo y entonces exclamó textualmente: “Jesús, usted me ha impresionado mucho. Otro cantaba con usted, pero con voz humana. Y no viendo a nadie, lo atribuyo al armonio, agregando: “¿Pero qué tiene este armonio que hizo ahora una voz humana?”⁴⁵.

d) BILOCACIÓN

Don Dolindo escribió el 9 de octubre de 1969: La cuñada de Enzina, María, mujer de Salvador Cervo, sufrió una operación muy dolorosa en el hospital Morvillo. Enzina la había cuidado toda la noche sentada en un asiento de hierro. Yo la acompañaba con mi oración, porque Enzina estaba cansada. A las tres comencé mi oración nocturna. Me encontré cerca de ella en espíritu, pero real. La envolví en un manto sobre mi corazón, dado que sentí frío y sufría. Hasta las cinco y media recé. Estaba presente en aquel lugar donde ella se encontraba. Enzina me sintió perfectamente y, llegando a mi casa, me lo ha dicho⁴⁶.

Una noche, después de haberme retirado, oraba paseando en el dormitorio. Estaba perfectamente despierto, cuando me sentí obligado a recostarme en la cama. Me puse allí, y me quedé instantáneamente dormido. Pero ese sopor sin duda no era sueño.

Entonces, me pareció hallarme en América, cerca de un estanque, donde moría ahogado aquel que me guió cuando yo pasé al noviciado. Lo saqué del agua, le di la absolución, y después de haber devuelto su alma a Dios, instantáneamente, así como me había dormido, me desperté: y estaba perfectamente despierto.

Tuve un escalofrío por la impresión, porque la cosa no me pareció normal. Aquel compañero mío, Federico Santaniello, en realidad había

⁴⁵ A p. 202.

⁴⁶ Cervo Enzina, o.c., pp. 62-63.

apostatado y se había ido a América. Yo le había pedido al Señor en mis oraciones que, antes de que él muriera, me concediera devolverlo a su gracia ⁴⁷.

e) RESPLANDOR SOBRENATURAL

Amaba muchísimo a la Virgen y al sentirla nombrar decía: “*Siento que mi corazón se mueve en mi pecho*”. A veces su rostro se veía luminoso y transparente coma las estatuas de alabastro con la luz encendida en el interior. Lo he notado algunas veces mientras predicaba o celebraba la misa, pero sobre todo cuando escribía su último libro sobre la Virgen. En esos últimos tiempos la Virgen se le aparecía en su habitación sobre el altar que tenía en casa, donde celebraba misa. Yo lo notaba por su especial recogimiento y él me decía: “Reza, porque está aquí la Virgen y es muy bella”. Y se quedaba extático con la mirada fija en un punto en el que estaba la Virgen. Un día, mientras completaba su último libro, se le apareció la Virgen y le dijo que estaba contenta de lo que había escrito sobre ella. Me lo dijo él mismo después de la aparición ⁴⁸.

f) PERFUME SOBRENATURAL

A veces su cuerpo emanaba un perfume de lirios. Una vez debía decirle una cosa urgente y me fui a la Casa del Apostolado Stampa, esperando encontrarlo allí. Yendo por la calle, de pronto, sentí un intenso perfume a lirios y entendí que había pasado por allá ⁴⁹.

g) LOCUCIONES INTERIORES

En su Autobiografía explica el padre Dolindo que muchos mensajes de parte de Jesús y de la Virgen los recibía en forma de locución interior. Igualmente muchos de los comentarios que escribió de los libros de la Biblia (33 volúmenes) los recibió por locuciones interiores.

⁴⁷ A p. 99.

⁴⁸ Cervo Enzina, o.c., pp. 48-49.

⁴⁹ Cervo Enzina, o.c., p. 47.

h) PODER CONTRA EL DEMONIO

Cuando fue suspendido y tenía muchas tentaciones. Dice: *El demonio me tentaba en la iglesia violentamente, estando yo sumergido en una árida y terrible oscuridad. Yo le decía a Jesús: “No, con tu gracia, por María inmaculada no seré un hereje, un rebelde, no. Soy tuyo, Señor mío, a pesar de todo, aunque ya no te perciba. Bendito seas siempre, Dios mío”* ⁵⁰.

Yo también, Jesús he sido traicionado por una hija mía, como tú con un beso. Ella me manda una nota diciéndome que, acusándome, pretendía devolverme todo el bien que yo le había hecho y que tenía mucha gratitud por todas las enseñanzas. Pero al mismo tiempo me presentaba como un loco, un revolucionario, un hereje. Era auténtica traición, que se me hizo con el oropel de la amistad, de la gratitud del bien. Con un beso, Jesús, como a ti ⁵¹.

Un día al anochecer, tomó mi breviario y enseguida el demonio me ataca con ferocidad. ¿Por qué oras? Pierdes el tiempo. ¿No te das cuenta? Tú estás abandonado. Y me dice un montón de cosas horribles que no las repito. Yo rezo, y no rezo para consolarme, rezo para inmolarme, para alabarte. Oh, Dios mío, en nombre de la Iglesia y de las almas. No me agito, hago todo tranquilamente en paz, a pesar de que gimo. El demonio sigue tentándome ⁵².

Dice Enzina Cervo: *Una vez asistí en la parroquia a un exorcismo. Era una joven obsesa que gritaba como una loca y no quería entrar en la iglesia ni encontrarse con el padre. Con esfuerzo se consiguió hacerla entrar y gritaba: “Me voy, no quiero entrar”. La lucha fue dura contra el maligno. El padre sudaba y aquella pobrecita daba pena. Al contacto con el agua bendita, gritaba todavía más. El padre ordenó al demonio en nombre de la Santísima Trinidad a salir de ella, pero en un cierto momento, la obsesa se volvió hacia el padre Dolindo y le gritó: “Eres un estiércol”. El padre le contestó: “Soy eso y una nada, y en nombre de esa nulidad, glorifica a Dios y vete fuera”. Se oyó un fuerte grito, temblaron las ventanas y después vino la calma y la paz a aquella joven que respondió con tranquilidad a las oraciones. El padre la tomó de la mano y la llevó al altar y ella dócilmente respondía con oraciones de agradecimiento. Y se fue feliz y sonriente y no terminaba de agradecer.*

Otra vez lo acompañé a exorcizar a una señora poseída por el demonio. La lucha fue durísima. Hizo muchas oraciones. Parecía que esta vez el padre no lo conseguiría. En cierto momento el padre se fue a un lugar apartado de la sala

⁵⁰ A p. 274.

⁵¹ A p. 276.

⁵² A p. 307.

y comenzó a disciplinarse y a orar. La obsesa se retorció y con voz cavernosa gritó: “Doli, no te hagas daño”. Y él respondió: “¿Te da mucha pena y no te vas?”. Ella respondió: “Idiota, esos golpes caen sobre mí”. El demonio fue vencido esta vez por la penitencia.

Asistí a otro exorcismo de una señora. Don Dolindo le echaba agua bendita, le roció los cabellos y le dijo: “Pobre angelito, me desagrada haberte bañado”. Ella respondió con voz cavernosa: “Yo no soy un angelito. Yo no tengo cabellos”. El padre le dijo: “Entonces eres calvo”. La obsesa tenía una hermosa cabellera. Como yo veía que el padre se esforzaba mucho, le dije al demonio: “¿Por qué no te vas?”. Y me respondió: “Haz tus cosas y no te metas”... Para liberar a esta señora tuvo que hacer varios exorcismos ⁵³.

Su arma poderosa contra el diablo era el rosario. A quien le preguntaba por qué siempre tenía el rosario en la mano, respondía: “Es la ametralladora que combate a Satanás” ⁵⁴.

Y él anota: *De la larga experiencia de mi ministerio sacerdotal estoy convencido de que muchos males, especialmente aquellos dolorosos que llevan fácilmente a la desesperación y hasta la blasfemia y el suicidio, como son los dolorosos tumores y males de pecados impuros..., pueden ser provocados por influjo diabólico. De estos casos están llenos las clínicas y hospitales. El remedio no está en darles medicinas, sino poner el alma en gracia de Dios. Si no se pone al alma en orden con Dios, no puede el cuerpo recuperar la salud.*

Jesús instituyó un sacramento para la salvación del cuerpo y del alma. Es el sacramento de la unción de los enfermos. Hoy, después del concilio Vaticano II, se puede administrar en caso de enfermedades graves.

El que esto escribe ha experimentado la eficacia de este sacramento con los enfermos. Supliqué al Papa Pío X disponer que este sacramento fuese administrado en las enfermedades, aunque no fueran mortales, para facilitar su administración.

Hay casos, no raros, de ataduras o influjos diabólicos en los cuales parece que el poder del demonio sea superior al de Dios, casos de males de discordias y hasta de muerte, que no pueden explicarse naturalmente y que, después de investigaciones, resultan ser causados por ataduras diabólicas u obsesiones, procuradas por medios extraños como agujas, clavos y otras cosas parecidas, con el evidente propósito de causar males, de separar familias que

⁵³ Cervo Enzina, o.c., pp. 41-44.

⁵⁴ Cervo Enzina, o.c., p. 50.

vivían en paz o, al contrario, inculcar odio o delitos contra personas que viven en paz. Estos efectos desastrosos resisten las oraciones hasta que se queman los medios empleados en las ataduras.

Puede ocurrir que haya casas en las que viva un espíritu maligno, cuando ha muerto alguno desesperado, lleno de odio y de eterna infelicidad, que turba la paz de las familias que allí viven. Se pueden vencer estos males con la bendición de las casas, con imágenes sagradas, rezando el rosario y viviendo con verdadera fe cristiana para así volver impotente la fuerza diabólica. Basta con que en esas casas haya una persona que viva en desgracia de Dios, sea blasfemadora o impura, para facilitar el influjo diabólico.

En estos casos es bueno recurrir a remedios como la comunión diaria, la visita a Jesús sacramentado, la devoción a la Virgen, rezar en familia el rosario, llevar al pecho la medalla o el hábito de la Virgen, invocándola con fe para así experimentar su protección. No olvidemos que Satanás tiene la cabeza aplastada por el poder triunfador de la santísima Virgen ⁵⁵.

EL ÁNGEL CUSTODIO

Escribió el padre Dolindo: ***Oh, yo les amo a los ángeles, porque ellos aman a Dios, lo aman inmensamente.*** Este es el título más hermoso que siempre me hizo sentir una gran devoción por los ángeles: ***¡ellos aman a Dios!***

Ellos nunca se separan de Él, y viven en una humildad maravillosa, en una obediencia continua y en una actividad incansable, para llevar dondequiera la gloria de Dios ⁵⁶.

Oh cristiano, oh cristiano, ¿cómo puedes tú embrutecerte a ti mismo, sabiendo que tienes un ángel que cosecha el fruto de tu vida? ¿Cómo puedes hacerle cosechar frutos putrefactos de pecado? ¿Acaso no te avergüenzas de aparecer impuro ante tanta pureza?

¡Yo creo que los ángeles realmente se alegran cerca de nosotros, cuando nos ven llenos de Jesús sacramentado! ¡Oh, cuán sublime debe ser para ellos este misterio, del cual ponderan toda la grandeza! Ellos están aquí, adorando, ante este sagrario de amor, felices, porque pueden agradecer a Dios por todas

⁵⁵ Ruotolo Dolindo, *María immacolata, madre di Dio e madre nostra*, Casa mariana editrice Apostolato stampa, 2013, pp. 867-869.

⁵⁶ A p. 244.

esas criaturas ingratas que no piensan siquiera en eso o que desprecian el Amor Eucarístico de un Dios de Amor ⁵⁷.

En los ejercicios del año 1898, año que siempre consideré como el de mi conversión, estuve tan feliz que me encargaron el cuidado de la lámpara del Santísimo Sacramento y me sucedió lo siguiente: la lámpara se apagaba con frecuencia, porque el aceite era de mala calidad. Entonces me encomendé a mi ángel de la guarda para que me despertara por la noche, un minuto antes de que se apagara.

De hecho, todas las noches, en horas distintas, me sentía despertar: bajaba enseguida y hallaba la lámpara que estaba a punto de apagarse. Una noche sentí que alguien golpeaba mi hombro derecho y escuché claramente esta voz, que sigue estando en mis oídos: “Dolindo, la lámpara...”. Dos veces fui perezoso a la hora de levantarme, esperé un minuto y encontré la lámpara que acababa de apagarse y echaba humo. Era realmente mi buen ángel el que me despertaba un minuto antes ⁵⁸.

Enzina Cervo refiere: Tenía mucha confianza con su ángel custodio. Un día le dije a su ángel: “Angelito querido, hazlo descansar dos horas de más, porque no puede soportar estos sufrimientos, levantándose a las dos y media de la mañana”. Esto sucedió tres veces. El padre se sintió mal por haberse despertado y se acusaba en la confesión y en público de pereza. Una vez públicamente se culpaba y me dio ganas de reír. Él se dio cuenta y me preguntó: “¿Qué has hecho?”. Y le confesé: “Le he dicho a su ángel custodio que lo despierte” ⁵⁹.

Una noche el padre estaba paralizado a causa del ictus y se sentía muy mal. Aquella noche soñé que el padre estaba sentado en su lecho y que gritaba para que lo ayudasen. Me desperté sobresaltada, miré el reloj. Eran las dos y media de la mañana. También se despertó mi madre y me dijo: “Enzina, son las cuatro y media. Don Dolindo os espera”. Corrí con mi hermano Humberto a casa de don Dolindo. Cuando entramos, lo encontramos sentado en su cama y que se sentía mal y no se podía levantar. Me dijo: “Te he mandado llamar por mi ángel custodio. Ayúdame a bajar de la cama, porque estoy mal. ¿Cómo habéis tardado tanto?”. Miramos el reloj. Eran las dos y 37 minutos. Si el ángel no nos hubiese empujado a llegar pronto, el padre se hubiera caído de la cama.

⁵⁷ A p. 245

⁵⁸ A pp. 54-55.

⁵⁹ Cervo Enzina, o.c., p. 57.

Otra mañana noté que el padre estaba en un profundo recogimiento mientras celebraba la misa. Me dijo: “Está presente aquí mi ángel”. Don Dolindo se volvió hacia mí y me dijo: “Veo a tu ángel, es proporcionado a tu estatura”. Esto sucedió el 2 de octubre de 1968, fiesta de los ángeles custodios⁶⁰.

CONVERSIONES

Mientras predicaba en los Ejercicios Espirituales a las Religiosas (Clarisas de Rossano Calabro) por un conjunto providencial de circunstancias, tuve que ir a cierto lugar por motivos del ministerio. Me hallé frente a una persona totalmente sumergida en los pecados impuros, y poseída por el demonio. Sus pecados de impureza eran tan graves y horribles, que se veía que eran sugeridos por el propio diablo. Además, el diablo atormentaba a esa alma, para dominarla totalmente. Se había dirigido a muchos sacerdotes para ser liberada, la habían exorcizado, pero sin ningún resultado.

Cuando me habló, sentí sensiblemente al demonio, y tuve tanto temor y quedé tan impactado, que me sentí convertir en un trozo de hielo.

*Entonces se me ocurrió lo siguiente: “Satanás no puede sacar a Satanás, así lo dijo Jesús. Muy bien, yo llamaré al Maestro, y, si es Jesús, entonces el diablo debe huir”. Sin decirle nada a aquella persona, **llame a Jesús secretamente.***

Y he aquí que en el mismo momento en que lo llamé, y Él vino, el diablo huyó de esa persona. Ella me dijo, sorprendida: “Es la primera vez que estoy libre, y siento una gran paz en mi corazón”. Entonces le hice una confesión general, con gran dicha y paz suya, y la reconcilié con Dios⁶¹.

En mayo de 1916 me sentí inclinado a leer el Corán de Mahoma. Era un libro difícil de leer y me inspiraba fastidio, pero sentía que Dios tenía un fin. Hacia fines de 1916 Ester Panetta me presentó un árabe de Trípoli para hacerlo instruir en la fe.

Era un joven de unos 24 años, alto, muy inteligente y culto. Se llamaba Beshir Gherrim. Era un alma recta y amante de Dios, a cuyo nombre se inflamaba su rostro y deseaba conocer la verdad.

⁶⁰ Cervo Enzina, o.c., pp. 57-59.

⁶¹ A p. 144.

El 16 de abril de 1917 yo tenía que cantar en la adoración del Santísimo en la iglesia de san José y santa Teresa y le dije: “Quédate en la iglesia y adora a Dios como sepas, porque no puedo ahora explicarte la función de adoración al Santísimo”. Canté lo mejor que pude y pensé que él se habría conmovido con los cantos, pero me dijo: “¿Qué era eso que estaba en alto entre velas? (se refería a la hostia que estaba en la custodia con Jesús vivo)”. Nada me ha hecho impresión ni los cantos sino aquel objeto. Sentía que de aquel objeto me venía a mi corazón una vida que me daba mucha paz. Jesús le hizo sentir su presencia sacramental y esto es especialmente interesante en un musulmán, que ignoraba totalmente el misterio eucarístico.

Él tuvo que luchar mucho para recibir el bautismo, pero no abandonó la fe católica. En una carta del 13 de noviembre de 1923 el padre Dolindo escribió: “Encontré antes de ayer al señor Beshir y le hablé del deber de bautizarse”. Me dijo que lo deseaba, pero que debía primero asegurar su posición material ya que, bautizándose, perdería todo derecho a sus propiedades por la ley musulmana. Me dijo que un día fue llamado por el gobernador de Trípoli y le dijo que no debía hacerse cristiano y que, si lo hacía, lo castigaría. Me dijo que quería casarse, pero debía encontrar una verdadera cristiana. Me decía que los musulmanes están lejos de la fe, porque no la conocen ⁶².

A Elena Montella, el padre Dolindo le contó lo siguiente: El profesor Angelo Corsaro después de 35 años de alejamiento de Dios e incredulidad se ha convertido a Jesús, sincera y profundamente, por uno de aquellos milagros de gracia que por sí solos bastan para demostrar la acción de Jesús entre nosotros.

A eso de las siete fuimos a las catacumbas de San Jenaro, a la cripta donde está el trono obispal de piedra y el altar de San Jenaro. Con nosotros fue el profesor Corsaro. Yo puse las hostias en el copón. Mi pensamiento insistentemente me había dicho que llevara muchas hostias, y, de hecho, las de la iglesia no bastaban. El profesor Corsaro vino y me dijo: “Usted, padre, ¿está acaso contando cuántas comuniones deben hacerse?”. Le contesté que sí; y él dijo: “Entonces, ponga una hostia para mí también”. Mi sorpresa fue grande, mi emoción interna fue grandísima, y me arrodillé con la cara al suelo, para agradecerle a Dios por una gracia tan singular.

Ilia e Irma, las hijas de Corsaro, cuando vieron al papá arrodillado, se tiraron con la cara al suelo, llorando. El momento era solemne: ¡todas las ovejas de Jesús estaban alrededor del altar! Ellas no esperaban esta gracia.

⁶² Di Filippo Silvana, *C'erano anche alcune donne*, Casa mariana editrice, 2006, pp. 126-127.

El profesor estaba desmayándose por la emoción. Como lo dijo después, la hostia se había quedado pegada a su paladar, y él así le oraba a Jesús: “Señor, entra en mí, baja a mi corazón. Yo soy indigno de recibirte, pero Tú no me niegues esta gracia”. Después de la misa yo me acerqué al profesor, lo besé muchas veces, lo abracé, y le hice decir, como en reparación de sus blasfemias, la jaculatoria: “Bendito sea Dios, y él la repitió con gran devoción y llorando.

Después de esa función, fui a la casa de los La Rovere; y poco después llegó el profesor Corsaro quien, estallando en lágrimas de vez en cuando, nos contó la historia de su confesión y su conversión. Él había ido a Asís, y en la tumba de san Francisco oró ardientemente: “Señor —dijo— dame la gracia de la fe y conviérteme a Ti”.

Allí se sintió renovado y decidió confesarse. Luego se confesó en Nápoles, ante un padre de Piedigrotta. Como era masón, no pudo ser absuelto, y por cinco horas tuvo que ir y venir para hallar primero al Vicario y luego a Muzi, y de ellos tuvo la facultad de la absolución de la excomunión. Él, cuando hallaba tales obstáculos, decía entre sí: “Yo no merezco absolución, soy un pecador”. Mientras narraba tales cosas que yo te cuento brevemente resumidas, le dije que hubiera sentido una gran pena, si hubiera debido obligarle a ir y venir así; pero él me interrumpió llorando y dijo: “¡Usted no sabe cuán bueno es Dios! Yo debía sentir el trabajo de mi conversión, para apreciar gracia de Dios”⁶³.

LA OBRA DE DIOS

La fecha 27 de diciembre de 1914 marca un momento histórico en la epopeya de la Obra de Dios. El padre Dolindo inicia un ciclo de sermones dominicales, en la iglesia de San Gennariello en Materdei. Esos sermones fueron de sumo agrado, especialmente para cierta señora, de apellido Molaro, empleada en la casa de los La Rovere. Ella, volviendo a casa, habló de ese excelente sacerdote en términos tan convencedores, que en corto tiempo arrastró a toda la familia a escucharle en esa iglesia. La recomendación de Pepita Molaro a la familia La Rovere, es el evento providencial cuya consecuencia fue que primeramente los La Rovere, luego otras almas, se reunieron de manera estable alrededor de la figura del Padre Dolindo, ¡para dedicarse a honrar sólo a Dios!

Salvatore La Rovere fue el primero, entre los hijos espirituales del padre Dolindo, en manifestar la vocación al sacerdocio. Aún era un seminarista cuando fue duramente atacado por los adversarios del padre Dolindo, pero él

⁶³ A pp. 241-243.

contestó con valor y humildad continuando su propio camino. Cuando fue sacerdote, lo sustituyó en el cuidado de las almas del aprisco durante todo el período de la suspensión de su ministerio sacerdotal, demostrando tener un espíritu equilibrado e iluminado. Aún hoy lo recuerdan por su empeño con las almas y por el cuidado muy especial que dedicara a la formación de los jóvenes. Murió con fama de santidad, el 31 de enero de 1946. Sus restos descansan en la iglesia de Mater Dei, en Nápoles.

Todas las almas que constituyeron el núcleo primitivo de la Obra, y las que lo ampliaron más adelante, fueron personalidades de carácter fuerte, de inteligencia sobresaliente y de elevada cultura ⁶⁴.

El 19 de junio de 1916 ingresó al grupo de las almas dirigidas por el padre Dolindo, Linda Lancerotto. El encuentro con el padre Dolindo tuvo lugar por una serie de homilías que él pronunció. Linda era una docente del Norte, llegada a Nápoles por motivos de trabajo. Era una mujer culta, sensible, amante de las cosas hermosas y del arte auténtico, y era ella misma una poetisa; su carácter era voluntarioso, pero introvertido, y aunque sintió una inmediata simpatía por el padre Dolindo, tuvo muchas fuertes discusiones con él antes de rendirse definitivamente. Fue la primera que ingresó a la Obra, a la cual contribuyó en forma práctica y concreta desde sus comienzos.

En octubre de 1916 entró a formar parte del rebaño, Ersilia Cavaccini. De la doctora Cavaccini, el padre Dolindo dice que cuando fue llamada a la Obra, “tenía las maneras sofisticadas y sociales de una supermujer, pero tenía un alma recta. Además, estaba repleta de aquella jactancia, digamos, de ciencia, y hablaba con una dialéctica muy intensa”. Pero de nada sirvieron su gran inteligencia y la amplia cultura contra el empeño del padre Dolindo. Ella “se rindió” como todas las otras almas y se hizo seguidora del padre, habiendo “encontrado el material de agua viva” y llegando a ser una “de las más asiduas”.

Comprometida con un médico luterano, que la invitó a seguirlo en las misiones africanas para ejercer las respectivas profesiones a favor de los pueblos pobres, renuncia a la misión y al matrimonio para seguir al padre Dolindo.

En noviembre de 1916 se reinició la persecución contra nuestro padre Dolindo. Un sacerdote, que tenía una escuela de Catecismo para niños a corta distancia de la Escuela de Religión del padre Dolindo, ¡difundió nuevamente el rumor de la Encarnación del Espíritu Santo! La noticia se esparció y el padre

⁶⁴ A pp. 156-157.

Dolindo tuvo que decir algo acerca de la Obra de Dios y acerca de los rumores que la habían afectado.

En mayo de 1917, el padre Dolindo encontró por vez primera vez a Elena Montella. Elena Montella fue la que podríamos definir “la compañera espiritual” del Padre Dolindo, porque a ella le contaba en confianza sus penas más íntimas, y en sus plegarias a veces buscaba consuelo. Su misión de víctima inmolada implicó 50 años de sufrimientos físicos ⁶⁵.

En el período de 1917 a 1921 el padre Dolindo realizó un intenso apostolado de predicación. Mucho trabajo le esperaba en el barrio de San Francisco de los Romanos en Santa Anastasia (Nápoles), donde llegó el 31 de julio de 1917, por petición del sacerdote Castiello, quien leyera y apreciara la “Doctrina Católica”. Aquí la gente, después de haberse equivocado, después de haberlo tomado por un tonto, aprendió a amarlo muchísimo. Él llegaba a ese barrio en ocasiones yendo a pie, a menudo por la noche, y poniendo en riesgo, literalmente, su vida. Como aquella noche en que por error, le tiraron con un fusil cuatro balas (se conservan en el Apostolato Stampa, ¡los cuatro proyectiles que rozaron la cabeza del padre Dolindo!). En otra ocasión, tuvo que reprocharle a un hombre armado con una horqueta, que ante la acalorada reacción del padre Dolindo ya no se atrevió a hacerle nada. Él dice: “Con frecuencia, en aquel descampado, yo llevaba a Jesús a los enfermos, solemnemente, acompañado por el pueblo” ⁶⁶.

PREDICADOR

La predicación vino a ser el centro propiamente apostólico de su vida. El padre Dolindo predicó desde el primer día del año hasta el último, y hubo días que tuvo que predicar diez sermones, mientras las almas deseaban su palabra particular y la ayuda de una plegaria especial. Las visitas a los enfermos, las visitas a los hospitales, llenaban los intervalos muy cortos de su actividad y se puede decir que ya no hubo lugar ni siquiera para su pobre almuerzo diario...

En el segundo domingo de Pentecostés de 1547 el evangelio recordaba la parábola de la invitación a la cena: todos habían rehusado. Entonces el amo, irritado, envió a un siervo y le dijo: “Sal enseguida y ve a las plazas y a las calles de la ciudad y trae aquí a los pobres, lisiados, ciegos y cojos” ...

⁶⁵ A pp. 164-166.

⁶⁶ A p. 167.

Aquella mañana el padre Dolindo había hablado con tal fuerza de persuasión que su palabra bajó a las almas de sus discípulas como fuerza y energía que las transformó. Ellas sintieron intensamente el llamado a hacer un apostolado con actividades nuevas, les pareció que cada una podía convertirse en aquel siervo que en todas partes, incluso en las encrucijadas de las calles, podía dirigir este apremiante llamado, el llamado enérgico del amor a las pobres almas ciegas en los caminos de Dios, cojas en sus pecados, lisiadas en cualquier acción sobrenatural. Elena y Anita se transmitieron mutuamente aquella llama que ardía en su corazón y juntas por primera vez en la calle Salvatore Tommasi, cerca de la iglesia parroquial de San José de los Ancianos, donde el padre Dolindo había dicho su sermón, temblando, con el corazón en la garganta, dirigieron este llamado a la gracia, al banquete divino, al Amor de Dios, a todas las personas con quienes se topaban ⁶⁷. Una verdadera novedad azul como está escrito en el subtítulo. Este originalísimo apostolado duró más o menos diez años, lleno de frutos espirituales y de prodigiosas conversiones ⁶⁸.

Enzina Cervo recuerda: Don Dolindo además de liberar endemoniados, visitaba enfermos, predicaba, daba retiros a religiosas y sacerdotes y era llamado a diversos lugares a consolar. Un día vino a la parroquia a celebrar misa. Me di cuenta de que no se encontraba bien y que tenía fiebre alta. Después de la misa, a pesar de sentirse mal, fue a cumplir con sus tareas de predicación y apostolado previstas.

Cuando lo volví a ver al día siguiente me confió que había dado nueve prédicas y que, sintiéndose muy mal por la tarde, se había tomado la temperatura y tenía 41 grados y medio.

Otro día lo acompañé a casa de un anciano moribundo que no quería saber nada de sacerdotes ni de confesarse. No sé cómo llegamos a pie hasta el último piso y con escalones altos y rotos. Al entrar el padre le dijo besándolo: “He venido a traerte la salud”. El anciano un poco escéptico, lo escuchó y se confesó y se curó del cuerpo y del alma. Al día siguiente fue a la parroquia a comulgar ⁶⁹.

⁶⁷ La conclusión de esta fascinante aventura se puede leer sin poder soltar el libro, en el texto: *Tres señoritas en medio de la calle*, Nápoles, 1983, Apostolato Stampa, pagina 186.

⁶⁸ A2 pp. 170-172.

⁶⁹ Cervo Enzina, pp. 44-45.

VIDA AUSTERA

Nos dice Enzina Cervo: *Don Dolindo amaba la pobreza. No quería tener el dinero de la impresión y administración de los libros y esto lo hacía Bice Tavassi. A los pobres les daba todo lo que tenía. En los casos urgentes de personas necesitadas de ayuda, recogía lo que tenía, se hacía acompañar y llevaba ayuda y consuelo. Yo le acompañaba casi siempre* ⁷⁰.

Cuando entraba a su casa no tenía estufa ni bolsas de agua caliente, solo bebía una taza de leche que bebía en la cocina. Y esto porque sus hermanas, que vivían con él eran muy ancianas y no quería dar ningún alivio a su cuerpo. Además sus familiares no eran afectuosos ni comprensivos y lo despreciaban. Solo al final de su vida los familiares comenzaron a tratarlo mejor, pero él siempre les agradecía cualquier pequeño servicio ⁷¹.

En 1956 mi padre tuvo un grave infarto. En esos momentos tenía doce hijos no colocados y los más pequeños estaban estudiando todavía y los otros, aunque tuvieran una profesión, no encontraban trabajo. Quería vivir al menos un par de años para ver colocados a sus hijos. El padre Dolindo por las tardes, antes de regresar a su casa, solía venir a la nuestra para consolar a mi padre. No se ahorró ni siquiera cuando sucedió en Nápoles aquella gran nevada de febrero de 1956. Muerto de frío, sin calcetines y con zapatillas de tela, no aceptaba nada sino una taza de agua caliente ⁷².

Elena Montella me contó que una mañana se acercó a la casa de Don Dolindo para una obra de apostolado. Él no la esperaba. Quería hablar fuera de su habitación, pero Elena entró y vio sobre la puerta y en el suelo sangre desparramada de su cuerpo por las disciplinas que se daba ⁷³.

En pleno invierno, además de no usar calcetines, dormía solo con un cubrecama en una habitación muy fría donde entraba el agua que tantas veces caía sobre su cama. Yo lo asistía en ese tiempo y pensé ponerle una estufa escondida, pero se dio cuenta y la debí quitar. Una tarde yo tenía fiebre y temblaba por el frío. Me dijo: “¿Te sientes mal?”. Le respondí: “Padre, con lo húmeda y fría que es esta habitación voy a terminar con pulmonía”. “No será tanto”, me contestó. ¿Qué voy hacer si tú enfermas?”. Entonces déjeme poner una estufa”. Y respondió: “Si es por tu salud, por tu curación, acepto”. Y así aceptó una pequeña estufa ⁷⁴.

⁷⁰ Cervo Enzina, p. 34.

⁷¹ Ib. p. 28.

⁷² Ib. pp. 27-28.

⁷³ Ib. p. 34.

⁷⁴ Cervo Enzina, pp. 35-36.

LA GUERRA

En 1943, Nápoles está totalmente en llamas por los continuos bombardeos, de día y de noche. La vida empezó a volverse imposible, pero el padre Dolindo, y con su ejemplo cada una de sus hijas de la Obra, siguieron trabajando, haciendo apostolado, ayudando a todos los que tuvieran necesidad, como si todo fuera normal.

Por la noche, se oía el continuo y lóbrego sonido de la sirena de las alarmas, que era un prelude de los bombardeos de destrucción total. Durante el día todo el mundo quedaba sumergido en la pesadilla de otros bombardeos, cada vez más frecuentes.

Todos los días iba a la parroquia para estar, con su hermano, siempre cerca de los feligreses que necesitaban ayuda. Todos los días, por la tarde, iba a la pequeña Casa de la Escritura y luego iba a visitar a los enfermos y a los pobres.

Escribe el 27 de marzo de 1943: Las alarmas aéreas de noche y de día y en horas inciertas, nos mantienen bajo una continua pesadilla. Las ruinas nos angustian, el futuro nos parece sumamente negro, pero, pesar de todo, tenemos confianza: ¡Yo confío y me abandono en Dios! ¡Vivimos con la muerte sobre la cabeza!

Ahora escribo en medio de un intenso cañoneo que, según creo, viene del mar, por alguna batalla naval. Hay una humareda negra hacia el este y un globo frenado vuela perdido en el cielo, transportado por el viento. ¿Qué sucede? Estoy sumamente calmado y abandonado por completo en el Señor.

Es inútil decir que el padre Dolindo jamás fue a un refugio. De día y de noche, cuando Nápoles recibía sus frecuentes bautismos de fuego y sangre, él se quedaba donde se hallaba: en la iglesia o en la sala grande de la Escritura, o en su casa, en el cuarto piso de la calle Salvator Rosa N° 58. En el comedor, junto a la ventana, oraba intensamente con los brazos en cruz, implorando para las almas de las personas amadas y para todo Nápoles, la ayuda de Dios.

Sin duda se debe a sus plegarias el hecho de que todos sus hijos espirituales tuvieran una protección muy especial del cielo. Alrededor casas derrumbadas, ruinas, incendios: en sus casas, ni siquiera un vidrio roto, jamás.

El 8 de septiembre de 1942 se había firmado el armisticio con los Estados Unidos y con Inglaterra. Inmediatamente se desató la terrible represalia alemana. La ciudad se encontraba abandonada en sus manos.

27 de septiembre de 1943 llegó, a mi casa, dos veces en este día, la ronda alemana: una vez a las 14:30 horas y otra vez hacia las 15:30 horas.

La primera vez estaba en casa y escribía en la mesita. Mi hermana me avisó: “Es la ronda alemana que visita las casas para encontrar a los hombres y deportarlos”.

Esperé orando. De pronto, se oyeron unas voces y asomaron cinco soldados alemanes armados de ametralladoras: cinco hombres robustos, altos, rubios, con aspecto insolente entraron, como amos, aun no pudiendo ignorar que son unos atropelladores.

Se esparcieron por toda la casa, buscando en todas partes dónde podía estar escondido un hombre. Entraron a mi cuarto. Yo estaba de pie. Uno de ellos me hizo un saludo militar; yo respondí con una venia. Gemía ante ese atropello odioso.

La ronda pasó por nuestra parroquia. Los jóvenes de la calle Cavone se hablan refugiado en la capilla subterránea de la iglesia. Gracias a Dios, no fueron encontrados. En un pueblo cercano, mujeres y hombres, con las escobas, los bastones y las piedras ahuyentaron a los alemanes y liberaron a su pueblo⁷⁵.

NÁPOLES SE REBELA

Nápoles luchó en sus “cuatro jornadas”. La batalla fue durísima en las calles, cercanas de la Casa de la Escritura: disparos violentísimos hacían temer lo peor. Pasaron los tanques alemanes y los jóvenes de la Italia libre, con los heroicos “rapaces”, pasaron al ataque y lograron dañar a muchos. Nápoles liberada de la furia alemana.

En la Casa de la Escritura todos se habían salvado, pero el corazón del padre Dolindo estaba desgarrado de dolor por su pobre ciudad martirizada y por todas las guerras. 30 de Septiembre de 1943, escribe: “¡Oh, cómo me hacen llorar estos impactos de odio! No aguanto, realmente no aguanto ante este derrumbe de la caridad.

⁷⁵ A2 pp. 155-159,

Ver desde la gran terraza de los edificios frente al mío a los jóvenes recostados con el fusil, esperando su presa, es algo que me hace llorar, aunque ellos estén allí para defender la patria. ¡Oh la caridad, oh la caridad, oh el abrazo de todos los pueblos en Jesucristo. Oh la paz en Dios y con los hombres⁷⁶.

EL PADRE PÍO

En octubre de 1953 el padre Dolindo visitó al padre Pío de Pietrelcina. Se tenían una gran estima mutua. Algunos napolitanos volviendo de San Giovanni Rotondo, narraron que el mismo padre Pío los había vuelto a enviar a Nápoles diciendo que fueran precisamente al padre Dolindo. En el registro de las visitas del Convento de los Capuchinos de San Giovanni Rotondo escribió el padre Dolindo:

“16 de octubre de 1953: Hoy visité al padre Pío y le agradecí mucho a Jesús porque me lo hizo encontrar. El Señor encendió esta gran luz en la Iglesia y el Señor la haga resplandecer para desengañar y salvar muchas almas. Gracias Jesús, gracias, Madre mía⁷⁷.

EL SACERDOTE

*El padre Dolindo se sentía plenamente realizado como sacerdote. Por eso, sufrió tanto cuando le prohibieron celebrar misa. Él decía: *El sacerdocio es la virginidad del espíritu. El alma que se aleja del mundo y se dedica solo a Dios no hace más que desposar al infinito Amor en lugar del amor terrenal y se hace sublimemente fecunda, El sacerdocio místico o de amor es la consagración total del alma a Dios. El amor es el motor que hace que el alma se entregue totalmente a Dios para la salvación del mundo⁷⁸.**

El sacerdote que se viste con devoción, representando a todo el pueblo, atrae sobre este pueblo bendiciones especiales. No existe apostolado más hermoso que una misa celebrada bien y santamente. La ruina del mundo se debe principalmente a la misa mal celebrada. Es un error que no destruye la esencia de la misa, pero afecta gravemente su florecimiento⁷⁹.

⁷⁶ A2 p. 159

⁷⁷ A2 p. 175.

⁷⁸ A p. 181.

⁷⁹ A 2 p. 71.

En el momento divino de la consagración, el sacerdote desaparece. Solo queda Jesús. Todo calla. Es Jesús quien en el sacerdote toma el pan, toma el vino, pronuncia las divinas palabras y está en el altar en una forma de ser nueva en que Él es inmolado así como lo fue en la cruz. La hostia es levantada en alto... El cielo se inclina sobre la tierra. La misericordia de Dios baja, la justicia y la paz se besan. Los fieles se acercan al altar, se acercan a Jesús para vivir de él.

Para sanar al mundo todo lo que debe hacerse es multiplicar las misas y hacer que los fieles vivan de ellas ⁸⁰.

Por eso, se atrevía a dirigir al Papa Pío XI en 1925 la siguiente carta con algunos puntos audaces para aquellos tiempos.

Beatísimo Padre, el deseo de Jesús es este por ahora, yo tengo confianza en decirlo, porque le hablo al Supremo Pastor, que puede evaluar con las luces de Dios si lo que yo le expongo es deseo de Jesús:

1. *Jesús desea multiplicar su inmolación en los Altares: el tesoro precioso de la santa misa no debe ser solo un medio de sustento para el sacerdote, debe reparar la ruina de la humanidad.*

Su Santidad pudiera concederles a los sacerdotes más piadosos, que lo solicitaran, la facultad de celebrar más una misa por día, para el triunfo de la Iglesia, para la santificación de las almas y para la restauración del Reino de Jesucristo.

2. *Con el mismo fin, pudiera concederles a los fieles la facultad de comulgar en toda misa que escuchan, para participar en el santo sacrificio.*
3. *En la hora de Vísperas, pudiera conceder que los obispos y los párrocos ofrezcan el santo sacrificio con gran solemnidad, y que los fieles, estando en ayunas desde tres horas atrás, comulguen ellos también.*
4. *Pudiera conceder que los obispos lleven a Jesús Sacramentado en un relicario sobre su corazón, y sean así Pastores vivientes en Él y para Él.*

Su Santidad debería ser el primer ejemplo viviente de Jesús Eucaristía. Pío IX lo llevó consigo en su viaje a Gaeta, huyendo. Su Santidad, llévelo consigo, para irradiar la Vida Eucarística en el mundo. Con el tiempo, pudiera hacer también, de los sacerdotes más devotos, un templo viviente de Jesús ⁸¹.

⁸⁰ A2 p. 72.

⁸¹ A2 pp. 64-65.

CUARTA PARTE NUEVOS PROBLEMAS

ACUSADO DE NUEVO

El padre Doménico Fenocchio, agustino, del cercano convento de Vico Lungo San Agustín, recibe unas informaciones en confianza de una hija espiritual del padre Dolindo, quien por el momento queda en la sombra. Las informaciones acerca de las actividades del sacerdote Ruotolo, llegan a sus oídos distorsionadas, y él empieza a tener una opinión negativa de lo que sucede al interior del grupo de almas dirigido por el padre Dolindo.

Estamos en la segunda mitad del año 1918. El padre Fenocchio comienza a lanzar las primeras acusaciones directamente. Él defiende los temas de los cuales testigo directo y fiel. Luego la cosa degenerará, hasta ser presentada ante el Santo Oficio. La persecución se hará violenta incluso contra las ovejitas, algunas de las cuales serán consideradas locas como su padre, y vendrá incluso de la misma familia del padre Dolindo.

El 14 de agosto, Dolindo recibe una carta de la Curia: contiene la prohibición de la predicación. La madre del padre Dolindo está gravemente enferma y, sin duda, la preocupación por el hijo no la favorece. Escribe el padre Dolindo:

“Yo intentaba consolarla con mil cuidados y cortesías; que me sugería la caridad de hijo. La mañana del 16 de agosto fui a besar su mano y le dije que no se preocupará por mí, porque el Señor me daba la fuerza para sufrir; las dos víctimas, le dije, somos usted y yo, amada madre mía. Y el llanto me truncó la palabra en la garganta”.

Mi madre me dijo: “Tú has trabajado para Dios, hijo mío, quién sabe qué proyecto está bajo estos tormentos y esta tempestad. Hágase la voluntad de Dios”⁸².

El 24 de agosto de 1918, en la iglesia de San Francisco de los Romanos, el padre Dolindo se entera en forma segura de que puede gozar aún de todas las

⁸² A pp. 205-206.

facultades de su ministerio. El secretario del obispo de Nola, Monseñor Del Priore, lo tranquiliza diciendo:

“Nosotros le defendimos a usted y dijimos claramente que ésta es una auténtica conjura diabólica en su contra. Usted siga confesando y predicando como antes: tiene todas las facultades para hacerlo”.

Más tarde, el padre Dolindo es recibido en audiencia por el obispo de Nola, Monseñor Renzullo, y por el obispo auxiliar, Monseñor Migliore: ambos le dicen palabras de aliento.

Sin embargo, la situación se presenta complicada, ya que las acusaciones partieron precisamente desde el interior del rebaño y será fácil para un tribunal aceptarlas.

Yo no sabía en absoluto que el padre Fenocchio había pedido audiencia al Santo Padre; y mucho menos, que la obtuviera para el 15 de septiembre a las 11:00 horas.

Ese día era domingo y yo me hallaba en San Francisco de los Romanos, en la Virgen del Arco. Celebré la santa misa a las 11:00 a.m., o sea en la hora en que el padre Fenocchio era recibido por el Papa.

Estaba presente en la misa Ersilia Cavaccini, que había llegado de Nápoles por haber sido llamada por unos enfermos que querían un control médico suyo. Yo sentí de pronto una pena inmensa que me hizo casi desmayar y aún ahora me asusta el recuerdo de este hecho.

Cuando dije mi sermón eran más o menos las 11:30 horas, o sea la hora en la cual el Papa recibía información contra mí.

Yo sentí entonces, aun no sabiendo nada de lo que pasaba en Roma, como un velo que hacía desaparecer mi pensamiento. No pude recoger una sola idea; Jesús había cerrado la fuente de su Palabra para mí, porque, en Roma, ¡el Papa la había clausurado para mí! Tuve que interrumpirme y dije a la gente: “No puedo seguir, me siento derrotado por las tinieblas, ya no tengo palabra. Tan solo oremos para que Dios sea glorificado”⁸³.

⁸³ A pp. 209-211.

SIGUEN LOS PROBLEMAS

El 19 de septiembre de 1918 el padre Dolindo dirige una carta de completa sumisión al Santo Padre en la cual acepta todas las condiciones impuestas a su apostolado. Pero en la misma carta, él sostiene firmemente la rectitud de sus intenciones y la esperanza de ver triunfar la justicia y con ésta, la gloria de Dios. Con su proverbial lucidez, ofrece al Santo Padre algunos elementos de evaluación, verificados más tarde, que no pueden llevar más que a la afirmación de lo auténtico de toda la experiencia del grupo de almas que gira a su alrededor.

El 24 de septiembre el padre Dolindo envía una carta a Linda Lancerotto en la cual le informa que la situación está precipitándose. Se crean premisas para un procedimiento contra él en el Vaticano.

El 23 de octubre de 1918 por una decisión llegada de Roma se suspende definitivamente la actividad del padre Dolindo en la diócesis de Nola. A las dificultades externas se añaden las purificaciones pasivas internas, sensación de terrible aridez, tentaciones contra la fe, destinadas todas, en la voluntad del Señor, a purificar y reforzar el espíritu del padre ⁸⁴.

Según orden recibida de Roma, el padre Dolindo ya no podía predicar ni confesar en San Francisco de los Romanos. Entonces él, de acuerdo con el Rector Giuseppe Castiello, decidió dejar de frecuentar aquella iglesia. Cuando lo comunicó a la gente en una carta que fue leída por el padre Castiello, todos los presentes estallaron en lágrimas... Los niños lloraron también y, sin que nadie se lo dijera, fueron a arrodillarse en las gradas del altar del Santísimo Sacramento para pedirle a Jesús que el padre volviera. Un niño de cuatro años le dijo al Rector que iba a Nápoles: "Padre Pepito, ven esta noche y tráenos al padre Dolindo, si no te pego". No sabía expresarse más cortés, ese pequeño angelito. Un grupo de campesinos fue de inmediato al obispo para pedir su retorno, pero obviamente sin poderlo obtener.

Y él nos dice: Por consejo y autorización de Monseñor Renzullo y de Monseñor Migliore, Vicario, volví entonces a San Francisco de los Romanos para celebrar las dos misas permitidas. Con eso se pudo dar gusto a la gente a pesar de que yo quedé aún más humillado, porque ya no podía ni confesar ni predicar ⁸⁵.

⁸⁴ A pp. 212-215.

⁸⁵ A pp. 219-220.

CONDENADO

El 5 de octubre de 1920 el padre Dolindo aún no satisfecho con todos sus sufrimientos, se ofrece al Señor como víctima del alma, asumiendo en sí todas las penas de sus hijos espirituales. Le dice: “Señor, yo me ofrezco a ti como víctima del alma para que solo yo sienta dolor: a mis hijos, a mis hijas espirituales dales todo su consuelo”⁸⁶.

El 18 de octubre de 1920 sumergido en el dolor como me hallaba fui a besar la sangre de san Alfonso en la iglesia de San Miguel de Nápoles. Estaba contento porque sufría la humillación de que Él no hiciera el milagro. Había un sacerdote que me llevó al relicario. Lo puse sobre mi pecho, miré atentamente y pude constatar perfectamente que la sangre estaba dura como piedra. Oré pero la sangre no se disolvía, había solo unos pequeños coágulos llenos de grietas que se derritieron fundiéndose. Devolví el relicario al sacerdote. La otra vez este relicario cobró vida por completo. Ahora no. A duras penas se movió un poco de sangre a lo largo del cuello de la botella. Salí de la iglesia sintiéndome como un vil gusano”⁸⁷.

El 6 de noviembre de 1920 en la basílica de Santa Clara en Nápoles el padre Dolindo llega a ser por fin terciario franciscano. El Superior hizo encender las velas del altar de San Francisco y quiso recibirme con solemnidad.

Sentí que san Francisco estaba contento de acogerme. Le pedí y le pido como gracia especial ser totalmente similar a mi Jesús crucificado, amar la pobreza, la humildad y llevar fielmente a cabo toda la Obra de Dios.

13 de noviembre de 1920: Después del coloquio con el padre Brandi, me convenzo cada vez más que solo un milagro puede aclarar las tinieblas que el demonio lanzó contra mi Obra.

¡Fui acusado de mentira, de fantasías peligrosas, de locura subversiva! Partiendo de tales principios, es humanamente imposible aclarar las cosas.

¡Cualquier defensa para demostrar mi inocencia será invalidada, si se parte del principio de que soy capaz de mentir! Esta es la cruz que me da el Señor: ¡es terrible! ¡Yo me lanzo a sus brazos, para que Él mismo me abra el camino de su Voluntad!

⁸⁶ A p. 246.

⁸⁷ A p. 248.

*Yo no quiero escapar a la cruz, no, pero quiero cumplir la santísima Voluntad de Dios. Las palabras del Padre Brandi fueron severas: él afirmaba todo como le había sido presentado por quien me acusaba... Le dije que Jesús lo sabía todo, y que yo no podía hacer sino callar, orar y obedecer*⁸⁸.

En enero de 1921 se fue a vivir a la Casa de los Pasionistas de la Escala Santa. El 25 de febrero de 1921 llegó una triste noticia. El comisario me dijo que había recibido la orden de los cardenales inquisidores de suspenderme de la misa y de todo. Por supuesto tuve ganas de llorar, pero me dominé y le ofrecí todo mi ser a Dios.

El 4 de marzo de 1921 los jueces lo definieron como desequilibrado, quitándole la posibilidad de refutar sus acusaciones. Sobre esto escribe él mismo: “El gran sacrificio ha sido consumado. Hágase la divina voluntad. Esta mañana, 4 de marzo de 1921, a las once fui suspendido de la misa. En mi fuero interno hice muchos ofrecimientos a mi buen Señor. Pero no pude frenar un estallido de amarguísimo llanto”.

Al día siguiente 5 de marzo dice: “Esta mañana comulgé por primera vez como un fiel en la iglesia de San Juan en Laterano. Quise ofrecerte este sacrificio, Señor, en reparación de todas las comuniones que se hacen mal, con frialdad. Luego fui a orar a la iglesia de San Antonio, en la calle Merulana, presa de mi dolor. Fui a orar a mi San Francisco. Definido loco el 4 de marzo, el 12 de marzo es declarado endemoniado⁸⁹.

El 18 de octubre de 1921 dice: *Bendito sea Dios. Mi sacrificio está terminado. Ya estoy enterrado. Siento en el alma aquella tristeza nostálgica que siempre sentí en Semana Santa. Me parece estar sumergido en la pasión de Jesús... Tuve que preparar una carta para pedir que me concedan la gracia de no mandarme desterrado a Viena y hacerme volver a Nápoles*⁹⁰.

⁸⁸ A pp. 251-252.

⁸⁹ A pp. 272-273.

⁹⁰ A p. 342.

REHABILITADO

El padre Jerónimo, Superior de la *Escala Santa*, le entregó a Dolindo el certificado siguiente el 29 de diciembre de 1921.

El firmante, Padre Rector de los Padres Pasionistas de la Escala Santa, certifica que el sacerdote Dolindo Ruotolo, en todo el tiempo (11 meses) que vivió en esta Casa religiosa, siempre se comportó como buen sacerdote, edificante en toda su conducta.

Atestigua además que observó en él una inquebrantable paciencia y resignación ante la Voluntad del Señor, una sólida piedad, un gran amor por la plegaria, y especialmente un gran amor por la Santísima Eucaristía, que la recibe con gran devoción todas las mañanas en la santa comunión, después una larga preparación y un agradecimiento aún más largo.

Cada semana vi que se acercaba al confesionario para la santa confesión, y todas las horas del día, si no se lo impedían órdenes o llamados de los Superiores eclesiásticos, supe que estaba e incluso lo vi, o bien retirado en su celda, o ante Jesús Sacramentado orando, o cumpliendo con la familia religiosa los actos de la regular obediencia.

Todos los religiosos que componemos esta familia están de acuerdo con quien firma la presente, en elogiar con las palabras más bellas y exhaustivas sus virtudes, en todos sus actos. De lo cual doy fe ⁹¹.

El 17 de julio de 1937 fue por fin rehabilitado y pudo celebrar la santa misa. El 25 de julio de 1937 escribió: *Dieciséis años y medio han pasado, ha terminado una de mis penas más grandes y una de mis grandes humillaciones, aquella de la suspensión de la celebración de la misa ⁹².*

⁹¹ A2 pp. 12-13.

⁹² A2 p. 117.

COMENTARIOS A LA SAGRADA ESCRITURA

El padre Dolindo escribió 33 volúmenes con la interpretación de los libros de la Biblia. Veamos cómo comenzó.

Nos dice: En 1925 me fue presentado un pobre sacerdote descarriado para que yo le hablara, intentando llevarlo nuevamente a Dios. Era culto, había estudiado en la Universidad Gregoriana, pero un conjunto de circunstancias lo había llevado a una auténtica aversión por la Sagrada Escritura, con consecuente odio por el Oficio divino, y una vida desordenada, llena de odio contra la Iglesia, el Papa, el Sacerdocio.

Empecé a inducirlo, después de los primeros diálogos, a una necesaria confesión hecha ante un buen sacerdote: él no se confesaba desde hace mucho tiempo atrás, aun continuando la celebración de la misa.

Luego, para hacerle entender la belleza de la Sagrada Escritura y por tanto, del Oficio divino, empecé a meditar con él y con las almas que me lo habían presentado, el Génesis.

Quien asistía tomó apuntes de lo que yo decía, y luego me los entregó pidiéndome que los desarrollara, para usarlos en el apostolado. Así fue como empezó a difundirlos entre personas cultas y entre muchos sacerdotes y teólogos ilustres.

Ellos empezaron a pedir tales escritos con frecuencia cada vez mayor y, habiéndolos divulgado, de todas las regiones de Italia me llegaron exhortaciones para que los publicara y para que hiciera de todo eso un conjunto orgánico, por el bien que hubiera podido hacer...

Entonces se empezó, y la Providencia nos ayudó con continuos y múltiples delicados detalles: todas las semanas nos quedábamos sin dinero, y todas las semanas lográbamos pagar al tipógrafo.

Las hijas espirituales de la Obra, recuerdan que cuando el padre Dolindo fue al tipógrafo para encargarle la publicación de los primeros folletos, habiendo dado el poquísimo dinero que había recogido, le dijo con su habitual candor: “Para lo que falta, lo pensará la Providencia de Dios, porque yo no tengo un centavo”.

Ante esas palabras, el tipógrafo, resentido, dijo: “¡Padre, qué me dice! Si no tiene el dinero para publicar, no se hace nada. Son bonitas palabras eso de pagar con la Providencia”.

El padre Dolindo lo retó: “Usted imprima, y será pagado hasta el último centavo! ¡Se lo garantizo en Nombre de Dios!”.

Hubo hechos muy hermosos que marcaron con la fe y con extraordinarias ayudas la impresión de esta obra. Por ejemplo, una vez, el padre Dolindo —era un sábado— debía pagarle al tipógrafo. Abre la billetera, pero faltaban a la suma necesaria algunos cientos de liras.

Fue donde María La Rovere, que se ocupaba de la caja de la imprenta y le pidió un poco de dinero. María no tenía ni un centavo para darle: ¡la caja estaba en cero! Y la caja personal, también en cero.

El padre Dolindo, como siempre, no se perturbó y dijo: “Dios lo resolverá”, y siguió por su camino durante toda la mañana, ocupándose de otras cosas. A la una de la tarde, el padre Dolindo se acordó de pronto que debía ir a la tipografía a llevar el dinero... Pero lo gracioso fue que olvidó que no tenía suficiente... Fue a la tipografía, llamó al propietario, Giannini, y le pagó toda la suma pedida semanalmente; e incluso, quedaron en la billetera 250 liras.

Vuelto a la casa, se dio cuenta y recordó que no tenía el dinero suficiente, pero que había pagado: el recibo estaba clarísimo... Y más extraño todavía, fue el hecho de hallarse en la billetera más dinero...

Por la tarde se encontró con María La Rovere, y le dijo: “María, ¿sabes hacerme estas cuentas? Tenía que pagar... Me faltaba... Tú no me diste nada, porque no había dinero en la caja. Aquí está el recibo del pago, y aquí están 250 liras que me sobraron... ¿Sabes hacerme estas cuentas?”. Y todo terminó con una loa a Cristo, Amén. Parecía una página de las florecillas de San Francisco.

Él nos dice: “En 1930 se logró publicar el primer volumen, y poco después el segundo volumen. La acogida que tuvieron estos volúmenes fue halagadora. Hubo muchas conversiones”. Hubo juicios entusiastas de la Obra por parte de cardenales y de obispos. La Providencia no faltó con sus intervenciones muy claras, y se siguió adelante.

El sacerdote que brindara al padre Dolindo la ocasión de meditar sobre la Sagrada Escritura, fue el primero en convertirse radicalmente. Empezó y llevó una vida de penitencia y de intensísima oración, además de dedicarse al apostolado ferviente y lleno de sacrificios.

Murió santamente por la noche, mientras llevaba la comunión a una moribunda ⁹³.

El consenso y la bendición de 34 cardenales y muchísimos arzobispos y obispos, además de teólogos y profesores de Escritura, la entusiasta acogida de los libros por parte de numerosísimos sacerdotes, religiosos y laicos de amplia cultura, y el bien, sobre todo el bien obtenido y cosechado en las almas de toda condición, demuestra que esta Obra responde a un requerimiento olvidado por mucho tiempo ⁹⁴.

En esta Obra de la Escritura, para quedar oculto, me serví de un seudónimo en lugar de usar mi nombre. Me llamé Dain Cohenel ⁹⁵.

CRÍTICAS A LA OBRA DE LA ESCRITURA

Así como hubo muchos cardenales, arzobispos y obispos que alabaron la Obra, hubo también otros que la criticaron.

Él escribe: A mí lo único que me duele es el hecho de que se obstaculice el bien que la Obra hace, con semejantes injustas insinuaciones. Me duele el escándalo que se les da a los fieles, desorientándolos, y sobre todo me duele el desprecio que se tiene, por lo menos implícitamente, hacia la Autoridad que revisó cuidadosamente la Obra.

Se alaban con palabras calurosas unas obras de declarados disidentes y se intenta desmoronar, con falsas insinuaciones, la obra de un sacerdote católico, atropellando en este asalto incluso a su amigo el padre Bussi quien, en el fondo, ha propugnado el método pastoral en la interpretación bíblica.

Monseñor Palatucci, retando la opinión corriente, tomó directamente la defensa de la Obra, impulsado únicamente por su gran empeño por la causa de Dios. Junto con Monseñor Sanna, él preparó una "Defensa" que fue publicada el año 1939

Los denigradores enviaron a los profesores de Sagrada Escritura de los Seminarios, una circular que les informaba de los pretendidos errores de la obra, afirmando que el autor no era otro sino el ex perseguido Dolindo Ruotolo,

⁹³ A2 pp. 86-90.

⁹⁴ A2 p. 92.

⁹⁵ A2 p. 96.

Una vez más a Dolindo le prohibieron publicar sus libros de la Escritura “donec corrigatur” hasta que no se corrijan los errores ⁹⁶.

Dolindo tuvo que escribir una carta al cardenal Francesco Marchetti desde Nápoles el 24 de noviembre de 1940. Le decía: *Supe leyendo el Osservatore Romano de hoy, 24 de noviembre de 1940, la condena que esta Sagrada Congregación hizo “donec corrigatur”, de mi obra: “La Sagrada Escritura — psicología, comentario, meditación”, publicada bajo el seudónimo de sacerdote Dain Cohenel.*

Como hijo sinceramente devoto y fiel a la Iglesia, para la cual gasté toda mi dolorosa vida con el intento de glorificarla y magnificar su grandeza, me someto en la forma más completa e incondicional, al decreto del Santo Oficio.

Pido tan solo la gracia de que directamente o por medio del Excelentísimo Monseñor Sanna, a cuyo cuidado esta Congregación confió la publicación de la Obra, se me señalen las correcciones que deben hacerse a la obra misma. Eso es necesario tanto para que mi sometimiento ilimitado sea completo y pleno, como para rectificar los errores señalados, a los numerosos suscriptores de la Obra, y redactar lo más pronto posible las correcciones requeridas.

El pleno sometimiento a la Iglesia en todas las cosas, y la forma con la cual controlé hasta ahora la revisión de los Reverendísimos profesores de Sagrada Escritura, que me fuera asignada por un convenio mismo de esta Congregación, como resulta de los informes detallados enviados cada vez a Su Excelencia Monseñor Sanna, le aseguran a Su Eminencia y a esta Sagrada Congregación, que mis disposiciones son sinceras.

Con mi obra tan solo pretendí aproximar a las almas a la meditación de la divina Palabra, según el método y el espíritu de los Padres de la Iglesia.

Lógicamente, como consecuencia de tal propósito, no puedo dejar de ser sumamente grato a la Suprema Autoridad que me señale los errores en los cuales involuntariamente incurrí, así como tampoco puedo dejar de aceptar plena, ilimitada y completamente la corrección ⁹⁷.

No obstante su buena voluntad, le dijeron que los errores no eran detectables, porque era el método de exégesis el que estaba mal: el pastoral. Nunca le señalaron errores concretos y la Obra de la Escritura siguió adelante

⁹⁶ A2 pp. 132-133.

⁹⁷ A2 pp. 135-136.141.

con el apoyo de algunos cardenales y del mismo Papa Pío XI, que había sostenido la Obra de la Escritura después de haberlo rehabilitado en 1937. Le dio dos revisores para que continuara la impresión de la Obra, interrumpido por las críticas.

Su Santidad Pablo VI lo animó a seguir adelante. Dice: *El día en que me concedió una audiencia particular, tuve la sensación de hallarme frente a un hombre similar a mí: un hombre angustiado.*

El cardenal arzobispo de Nápoles, Alessio Ascalesi, fue un gran estimador de las cualidades del padre Dolindo y, habiendo comprendido su riqueza interior, quiso que muchas personas pudieran aprovecharlas sin ninguna clase de restricciones. Deseó que su apostolado continuara en sus múltiples formas en la dirección de las almas, en la predicación en los conventos de la diócesis y en la divulgación de su palabra desde el púlpito de las más importantes iglesias de Nápoles y sus alrededores.

Sugirió a los sacerdotes que se dirigieran especialmente a él en la confesión y exhortó al padre Dolindo a proseguir y completar la Obra escrita ⁹⁸.

SU ÚLTIMA ENFERMEDAD

El padre Dolindo no tiene límites en su sacrificio por las almas. Su jornada es de veinte horas y eso es demasiado para sus 78 años. Estamos en la noche del 1 de noviembre de 1960: un infarto cerebral le inmoviliza el lado izquierdo. Su enfermedad es grave, pero él como siempre no le hace caso y cuidándose y haciéndose cuidar en lo esencial, el 2 de noviembre ya está de pie, doblado en dos, con las piernas sumamente pesadas y desarticuladas con el brazo y la mano izquierdos inertes, lo vimos en su mesita que escribía a sus hijas de la Obra.

Él escribe: El 31 de octubre terminé el mes dedicado a la Virgen del Rosario, en la iglesia de Caravaggio, y después, muchísimas personas amontonadas me retuvieron obligándome a quedarme encorvado por largo tiempo, para escucharlas.

Eso me hizo mucho daño y sentí como un golpe en la nuca, donde ya sufro por la artrosis, y por eso tambaleaba al caminar.

⁹⁸ A2 pp. 142-143.

Pude ir a mi casa en un taxi que tomó una señora de la cual yo había visitado al hijo enfermo. De hecho, ella no quiso que yo volviera en un autobús, porque se dio cuenta de que yo estaba mal.

Me fui a la cama, después de las oraciones que hago regularmente. Por la noche quise levantarme, pero caí al suelo, y por mucho que me esforzara, no logré ponerme de pie.

Estuve más de una hora en el piso hasta que entró mi hermana, quien con la ayuda de las buenas personas del edificio, me ayudó a levantarme.

Tenía el lado izquierdo entumecido y, aun sostenido, no podía caminar: me tambaleaba de un lado a otro. De inmediato hice llamar al párroco, que me trajo la comunión y me dio los santos óleos.

Llegaron algunos médicos, llamados por mi familia y por otras buenas personas: me dieron unas píldoras que no me ayudaron. Yo estoy en las manos de Dios y solo pienso en el paso a la eternidad; pienso en ustedes, queridas hijas mías, y las bendigo en todo momento, poniéndolas en los Corazones de Jesús y María.

Únanse a la divina Voluntad. Les encomiendo a aquellas entre ustedes que sufran más. Oren por mí. Amen a Dios y glorifiquenlo siempre, especialmente ahora.

Yo las bendigo de una en una. Las bendigo con toda el alma. Si Dios lo quiere, prometo que las protegeré desde el cielo.

El Padre Dolindo se repuso, pero no se curó y quedó semiparalizado. Después de un mes, heroicamente, volvió a salir para su apostolado de caridad⁹⁹.

En los últimos diez años de su vida sufrió mucho por la parálisis y por la artrosis cervical y lumbar. Tenía fuertes dolores que le obligaban a tener la cabeza baja sobre el pecho. También tenía las piernas ulceradas e hinchadas y le salía agua y pus hasta humedecer los zapatos y el suelo. Debía tener más tiempo de descanso, pero decía: “Descansaré en la tumba”. Cuando yo (Enzina Cervo) le curaba las piernas, le hacía sufrir, pero él no se quejaba y solo decía: “Gracias, Jesús, gracias, Jesús. Estoy contento de sufrir y ofrecer algo por las almas, por la Iglesia y por los sacerdotes”.

⁹⁹ A2 pp. 189-191.

*Tenía una hernia gástrica que lo hacía sufrir mucho y, sin embargo, todos los días continuaba con su fecundo apostolado hasta el atardecer. Alguna vez dije a alguien que viniera al día siguiente, porque don Dolindo estaba muy cansado, pero él me decía: “Hazlo pasar, tú no sabes qué pena puede tener”. Y nunca mandaba a nadie para otro momento. Incluso cuando estaba moribundo vino una señora de Taranto que quería hablar con él. Yo le hice ver las condiciones en que se encontraba, pero él movió la cabeza hacia la señora, levantó la mano y la bendijo. La señora no acababa de agradecer a Dios y lloraba de alegría*¹⁰⁰.

*Cuando ya estaba enfermo y yo lo atendía, le leía algunas páginas de la vida de algún santo. A veces sin que se diera cuenta le leía algunas páginas de sus escritos y él decía: “¿Quién es el autor?”. Una tarde le dije: “Don Dolindo usted es el autor”. Y él no se lo creía; para convencerlo tuve que mostrarle el libro que él había escrito*¹⁰¹.

A sus 83 años en 1965 comenzó su magnífica obra en tres volúmenes sobre la Virgen María, titulada María inmaculada, madre de Dios y madre nuestra, publicada el 2013 por la Casa mariana editora.

Pero el padre cada día perdía más fuerzas y caminaba muy despacio y lo mismo al celebrar la misa, pero él continuaba escribiendo y recibiendo personas. Había cumplido 88 años el 6 de octubre y el 1 de noviembre hacía diez años que había sido golpeado por la parálisis. El sábado 8 de noviembre, mientras lo acompañaba a su habitación después de la misa, su caminar era muy lento. Me dijo: “No puedo más, pero no temas, Jesús me da fuerzas todavía”. Recemos un avemaría de agradecimiento a la Virgen que me ha dado la gracia de celebrar la misa. Y así con el físico extenuado llegó al día 13. El sábado 14 celebró con gran fatiga, consagró y distribuyó la comunión por primera vez sentado. Creía yo que iba a derrumbarse mientras estaba en el altar. Lo acompañé a su habitación. No rehusó las gotas cardiotónicas. En la tarde tenía 37,3 grados de temperatura, pero pasó una noche terrible. A las 11,40 se levantó despacito, pero en seguida se volvió a acostar y se durmió, y yo también me fui a acostar. A medianoche me desperté, sentí que el padre me llamaba con fuerte voz. Corrí y lo encontré tirado en el suelo. Se había caído de la cama. Intenté levantarlo sola, pero no podía. Llamé a mi hermana Emma y al mariscal que habitaba enfrente, quien gentilmente vino en mi ayuda para meterlo en la cama. Dieron las tres de la mañana en el reloj. A las cinco quiso levantarse para hacer sus oraciones y rezó hasta las siete.

¹⁰⁰ Cerro Enzina, pp. 38-39.

¹⁰¹ Enzina Cerro p. 30.

Después de hacerle la curación de sus piernas, confesó a varias personas y después comenzó su última misa. Tuve que sostenerlo con fuerza. Con gran dificultad celebró y dio la comunión sentado. Terminada la misa con ayuda de alguno de los presentes lo llevamos en peso a su habitación. Pidió la unción de los enfermos, que le administró el párroco y confesor, padre Fernando Cavaliere. Después se metió en la cama, porque tenía fiebre alta y pulmonía.

Al día siguiente me imploró que lo ayudase en la misa y le dije: “Padre mío, no puede, tiene fiebre y pulmonía”, pero él no se convenció. Se persuadió, cuando se dio cuenta de que no podía levantarse del lecho y no se podía tener de pie¹⁰².

El miércoles 18 de noviembre no comió nada. Le prepararon un jugo de carne y tomó poquísimo. Rezaba y rezaba solamente y, si yo no le respondía a tiempo, levantaba la voz. Rezaba por la Iglesia, por el Papa, por los sacerdotes, por las almas, en suma no olvidaba a nadie.

Respondía a todos los que venían a saludarlo. Yo le decía: “Padre, trate de descansar”. Me respondía: “Hija mía, recemos la vida eterna no es un juego”. Después, mirando hacia arriba varias veces, dijo: “¿Quién es aquella hermana?”. Pensé que estaba teniendo una visión. Le dije: “Es sor Josefina” (Era director espiritual de la beata sor Giuseppina di Gesù Crocifisso (1894-1948). Respondió: “Sí”. Treinta años antes sor Giuseppina había predicho que moriría de pulmonía.

Al amanecer del día 19 de noviembre entonó la “Salve Regina” y en un instante, mirando a lo alto, dijo: “Virgen María, ¡qué bella eres!”. Y quedó unos momentos en silencio con una expresión extática. De nuevo entonó la “Salve Regina” que continuamos juntos. ¡Qué paz se sentía junto a él! En aquellos momentos tenía una expresión de dulzura. El padre Bernardino no creyó oportuno darle la comunión, porque no podía pasar la saliva. ¡Qué dolor tuvo! Pero de pronto se presentó el padre Giovanni Galasso con Jesús sacramentado. Lo confesó y le dio la comunión. El padre quedó unos momentos recogido y se sintió un suave perfume de lirios. Llamé al padre Galasso: “Padre, ¡qué perfume!”. El padre me hizo señas con la cabeza de que sí lo sentía.

A las 5,13, después que los médicos habían intentado mejorar sus condiciones con flebo y otras cosas, el padre, con los brazos levantados en alto, mirando a lo alto como un niño que ve a su mamá y se lanza hacia ella, con un, ¡Oh! de grande maravilla, murió.

¹⁰² Cervo Enzina, pp. 82-85.

En un momento se extendió la noticia de su muerte y una gran multitud de gente acudió a rendirle el último homenaje de amor. Vinieron tantos sacerdotes y religiosas que fue una admiración. Mi sorpresa fue, cuando al ponerle los calcetines, noté que sus piernas, antes hinchadas y purulentas, habían quedado limpias y, en vez de emanar el desagradable olor, tenían un inexplicable perfume¹⁰³.

Murió en Nápoles el 19 de noviembre de 1970, después de tres días de bronco pulmonía. Desde 1974 sus restos mortales descansan en Nápoles en la iglesia de la Inmaculada y de san José de Vecchi. Muchos van a su tumba a rezar para pedir gracias a Dios por su intercesión. Él había escrito en su testamento: *Cuando esté muerto, tocad en mi tumba y yo os responderé.*

¹⁰³ Cervo Enzina, pp. 85-91.

